

AMALIA.

POR

JOSÉ MARRON.

SEGUNDA EDICION.

TOMO TERCERO.

BUENOS AIRES.

IMPRENTA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

1888.

AMALIA.



CAPITULO III.

Treinta y dos veces veinte y cuatro.



ESPACIO, Daniel, mas despacio porque me ahogo!—dijo Don Cándido al llegar á la esquina de la calle de Chacabuco.

—Adelante, adelante,—le contestó Daniel doblando por esa calle, tomando en seguida la de San Juan, y enfilando luego la de las Piedras.

—Bien,—dijo entonces Daniel, acortando el paso,—ya hemos maniobrado en cuatro calles, y es demasiado gordo el buen fraile para que no hubiera reventado ya, en caso que el diablo le hubiera hecho salir por la boca-llave de la puerta.

—Que fraile! Daniel, que fraile!—esclamó Don Cándido, aspirando todo el aire que podia caber en sus pulmones, y apoyándose, al caminar, en su inseparable caña de la India.

—Oh, mi buen amigo, usted no lo conoce todavía!

—Y Dios me libre de conocerlo jamás.

—Un Sacerdote con cuchillo, eh?

—Sí, Daniel; pero convendrás en que nos hemos portado maravillosamente.

—Pues!

—Yo me he desconocido.

—Cómo?

—Decia que me he desconocido.

—Pero usted siempre se portará lo mismo, mi querido amigo.

—No, mi amado, mi protector, mi salvador Daniel: no, porque en cualquiera otra ocasion me

habria caido muerto al sentir la punta del puñal contra mi pecho.

—Bah!

—Creelo, creelo, Daniel. Es efecto de mi organizacion sensible, delicada, impresionable. Tengo horror á la sangre; y ese demonio de fraile....

—Espacio.

—Qué hay?—preguntó Don Cándido jirando su cabeza á todos lados.

—Nada, no hay nada; pero las calles de Buenos Aires tienen oidos.

—Sí, sí; mudemos de conversacion, Daniel. Iba á decirte solamente que....

—Qué?

—Que tú tienes la culpa del peligro en que me he encontrado.

—Yó?

—Pues, y quién?

—Sea, pero no le debo á usted nada.

—Cómo?

—Decía que si lo puse á usted en tal peligro, he sido al mismo tiempo quien le ha salvado de él.

—Es cierto, Daniel, y eres ya desde hoy mi amigo, mi protector, mi salvador.

—Amen.

—Pero crees que el fraile?

—Silencio, y andemos,—dijo Daniel doblando por la calle de los Estados Unidos, luego por la de Tacuarí, en seguida por la del Buen Orden, por donde caminó hasta llegar á la de Cangallo. Paróse en la esquina de ella, reclinó su codo en un poste, y mirando, con una espresion picante de burla y de cariño la pálida fisonomía de Don Cándido, alumbrada en aquel momento por la claridad de uno de los faroles de la calle, soltó la risa en las barbas de su respetable maestro de primeras letras.

—Te sonríes, Daniel?

—No, Señor, me rio con todas ganas, como lo vó usted.

—Y de qué?

—De ver atribuirle á usted empresas amorosas, mi querido maestro.

—A mí?

—Pues no se acuerda usted de la pregunta de su rival?

—Pero tú sabes. . . .

—No, Señor, no sé, y es por eso que me he parado aquí.

—Como. ¿No sabes que no conozco á nadie en esa casa?

—Ya lo sé.

—Y qué es, pues, lo que no sabes?

—Una cosa que vá usted á decírmela ya,—le contestó Daniel que se entretenía en las perplejidades de D. Cándido, y á la vez descansaba un momento su fatigado cuerpo, pues que acababa de andar con su compañero mas de media legua por las calles mas pésimas de la ciudad.

—Que puedo yo negarte, Daniel? Habla, interroga.

—Una cosa muy simple quiero saber: y es, en cual de estas calles inmediatas está la casa de usted.

—Ah! querrias hacerme el honor de venir á mi casa?

—Precisamente; ese es mi deseo.

—Oh! nada mas fácil, estamos á dos cuabras de ella solamente.

—Sí, yo sabia que era por este barrio ¿quiere usted guiarme?

—Por acá,—dijo D. Cándido atravesando la plaza de las Artes y entrando en la calle de Cuyo.

A pocos pasos, llamó á la puerta de una casa cuyo aspecto le daba un respetable carácter de antigüedad, revelando que si no era hija, era cuando mas nieta de las que allí empezaron á edificarse desde el miércoles 11 de Junio del año de gracia de 1580, en que el teniente de Gobernador D. Juan de Garay, fundó la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, haciendo el repartimiento de la traza de esa ciudad en ciento cuarenta y cuatro manzanas; de las cuales tocó á D. Juan de Basualdo aquella en que estaba la casa de nuestro D. Cándido Rodriguez.

Una mujer, á quien no haremos injusticia en atribuirle cincuenta inviernos, pues que las primaveras no se distinguian en ella, y á quien un buen español llamaría ama de llaves, pero á quien nosotros, buenos americanos, distinguiremos con el nombre de Señora mayor; alta, fláca, y arrebozada en un gran pañuelo de lana, abrió la puerta, y echó sobre Daniel su correspondiente mirada de mujer vieja; es decir, mirada sin egoismo, pero curiosa.

—Hay luz en mi cuarto, Doña Nicolasa,—la preguntó D. Cándido.

—Desde la oracion está encendida,—le contestó la buena mujer con esa entonacion acentuada, peculiar á los hijos de las provincias de Cuyo, que no la pierden jamás, pasen los años que pasen lejos de ellas, pues que es al parecer, un pedazo de su tierra que traen en la garganta.

Doña Nicolasa atravesó el patio, y D. Cándido entró con Daniel á una sala en cuyo suelo desnudo, embaldosado con esos ladrillos que nuestros antiguos maestros albañiles sabian escojer para divertirse en formar con ellos miniaturas de precipicios y montañas, dió Daniel un par de excelentes tropezones, aun cuando sus pies de porteño estaban habituados á las calles de la Muy Heróica Ciudad, donde las jentes pueden sin el menor trabajo romperse la cabeza, apesar de todos los títulos y condecoraciones de la orgullosa libertadora de un mundo, menos de ella.

Todo lo demas de la sala correspondía naturalmente al piso; y las sillas, las mesas y un surtido estante de obras en pergamino, pero esencialmente históricas y monumentales, confesaban, sin ser in-

terrogadas, que la ocupacion de su dueño era, ó habia sido, la de enseñar muchachos, quienes lo primero que aprenden es el modo de sacar astillas de los asientos, y escribir sobre las mesas con el corta plumas, ó con la tinta derramada.

Sin embargo, la mesa revelaba que D. Cándido no era un hombre habitualmente ocioso, sino, por el contrario, dedicado á los trabajos de pluma: se veía en ella mucho papel, algunos cróquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero y un arenillero de estaño, y todo en ese honroso desórden de los literatos, que tienen las cosas como tienen jeneralmente la cabeza.

—Siéntate, descansa, reposa, Daniel,—dijo D. Cándido echándose en una gran silla de baqueta, mueble tradicional y hereditario, colocado delante de la mesa.

—Con mucho gusto, Señor Secretario,—le contestó Daniel sentándose al otro lado de la mesa.

—Y por qué no me dices como siempre, mi querido maestro?

—Toma! porque hoy tiene usted una posicion mas esclarecida.

—De que yo reniego todos los dias.

—Y que, sin embargo, es preciso que usted la conserve.

—Oh! sin duda, hoy es mi áncora de salvacion! Además, yo tengo buenos pulmones, fuertes, vigorosos, y no me ha de cansar el Señor Doctor D. Felipe Arana.

—Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Confederacion Argentina.

—Eso es, Daniel. Sabes de memoria todos los títulos de Su Excelencia.

--Oh! Yo tengo mejor memoria que usted, Señor Secretario!

—Esa es ironía, eh? ¿A donde vas con ella?

—A una friolera: á decir á usted que en ocho dias de Secretaría, no me ha mostrado usted, sino dos notas del Señor D. Felipe, que bien poco valian á fé mía.

—Pero no ha sido por olvido, Daniel. Te he dicho yo que D. Felipe me ocupa actualmente en poner en limpio las cuentas que debe presentar al Gobierno sobre consumos hechos en sus estancias por tropas de la provincia, pero nada, nada absolutamente de política, despues de las dos notas que te mostré bajo la mas completa reserva. Pero, á

propósito, Daniel, qué empeño tienes tú, qué interés en tomar parte en los secretos de Estado? Mira, oye, Daniel: entrometerse en la política en tiempos calamitosos y aciagos, es esponerse á lo que me pasó á mí el año 20. Salía yo de casa de una comadre mía, natural de Córdoba, donde se hacen las mejores empanadas y los mejores confites de este mundo, y donde mi padre aprendió el latin. ¡Qué hombre tan instruido era mi padre, Daniel. Sabia de memoria la gramática de Quintiliano, el Ovidio, al cual un dia, siendo yo muchacho, le eché encima un tintero que tenía mi padre por herencia de mi abuelo, que vino

—Que vino de cualquier parte; es lo mismo.

—Bien; no quieres que prosiga; ya te conozco. Te preguntaba pues que interés tienes en saber los secretos de D. Felipe?

—Bah! curiosidad de hombre desocupado nada mas.

--Nada mas?

—Cierto. Pero soy tan intolerante cuando no se satisface á mi curiosidad, que suelo olvidarme de todos los vínculos que me ligan á los que me irritan. Además, beneficio por beneficio ¿no es

esto justo, mi querido maestro?—dijo Daniel dominando con su fuertísima mirada, el pobre espíritu de D. Cándido, como era su costumbre cuando le veía hesitar.

—Oh! justo, muy justo,—le contestó el Secretario de D. Felipe, apresurándose con una sonrisa paternal á borrar la mala impresion que hubiera podido hacer con sus últimas palabras en el ánimo de aquel jóven cuya influencia lo avasallaba tanto; le habia dado un puerto de seguridad en la borrasca que empezaba á correr en el pueblo de Buenos Aires, y que era poseedor al mismo tiempo de algunas indiscreciones ~~sayas~~, cuya revelacion le traería infaliblemente su ruina.

—Estamos de acuerdo entonces,—prosiguió Daniel,—y como prenda de nuestra firme alianza, tenga usted la bondad, mi buen amigo, de tomar la pluma de su tintero, y darme á mí un pliego de papel.

—Que yo tome una pluma y te dé á tí papel?

—Eso es.

—Y vamos á escribir?

—A escribir. .

—Pues, hijo, con una mesa de por medio, tú

con el papel, y yo con la pluma, te juro que será un verdadero prodigio nuestra escritura, sin embargo, ahí tienes el papel.

Daniel se reía, y empezó á doblar y multiplicar los dobleces en el papel que le dió D. Cándido. En seguida, tomó un corta-plumas y cortó el papel por todos los dobleces, formando pequeños cuadros, poco mas ó menos del tamaño de una carta de visita. Y contando de ellos hasta el número 32, tomó ocho papelitos y se los dió á D. Cándido, que lo estaba mirando y devanándose los sesos por comprender la ocupacion de su discípulo.

—Y bien, qué hago con esto?

—Una cosa muy fácil y muy sencilla. ¿Es esa la mejor pluma del tintero?

—Está cortada para perfiles,—le contestó el antiguo maestro de escuela levantando la pluma á la altura de sus ojos.

—Bien; ponga usted en cada uno de esos papelitos el número 24, en forma de escritura inglesa.

—El número 24 es un mal número, Daniel.

—Por qué, Señor?

—Porque era el máximun de los palmetazos que han llevado de mi mano todos los muchachos re-

molones; muchachos que ya hoy son hombres, que muchos son hombres de gran valía en la actualidad, por lo mismo que no me dieron grandes esperanzas en nada, y que pueden querer vengarse de mí, y sinembargo

—Escriba usted 24, Señor D. Cándido.

—Y nada mas?

—Nada mas.

—24. 24. 24 ya está,—dijo D. Cándido después de haber escrito y repetido ocho veces aquella cifra.

—Muy bien; ahora, escriba usted en el reverso del papel : Cochabamba.

—Cochabamba!

—Qué hay, Señor?—le preguntó Daniel con mucha calma, al oír la exclamación de D. Cándido.

—Que esta palabra me recordará siempre la casa de esta tarde, y, como las ideas se ligan instantáneamente, ese nombre me recordó la calle, luego la casa, y con la casa ese fraile impío, renegado, asesino y

—Escriba usted, Cochabamba, mi querido maestro.

—Cochabamba, Cochabamba, Cochabamba. . . .
ya están los ocho.

—Tome usted la pluma mas gruesa del tintero.

—Pero si esta está excelente, superior.

—Tome usted la mas gruesa.

—Vaya pues. Aquí está una de rayar.

—Perfectamente. Escriba usted con escritura española, el mismo número, y la misma palabra en estos otros papelitos,—y Daniel dió á D. Cándido ocho papeles mas.

—Es decir que quieres que disfigure la letra?

—Justamente.

—Pero, Daniel, eso está prohibido.

—Señor D. Cándido, me hace usted el favor de escribir lo que le dicto?

—Bien, ya está,—Dijo D. Cándido despues de haber escrito con la pluma gruesa, y en forma española el número y la palabra.

—Tiene usted tinta de color?

—Aquí hay punzó de la mejor clase, superior, brillante.

—Usela usted pues, para estos otros papeles.

—El mismo número?

—Y la misma palabra.

—En qué escritura?

—Francesa.

—La peor de todas las escrituras posibles—ya está.

—Ahora, los últimos ocho papelitos.

—Con qué tinta?

—Moje usted en la negra la pluma que ha usado con la punzó.

—En qué forma?

—En forma *sui generis*; es decir, en forma de letra de mujer.

—Todo lo mismo?

—Ecsactamente.

—Ya está; y son, treinta y dos papelitos.

—Eso es: treinta y dos veces veinte y cuatro.

—Y treinta y dos Cochabambas—dijo Don Cándido que no podía despreocuparse de este nombre.

—Doy á usted repetidísimas gracias, mi querido amigo—dijo Daniel contando y guardando los papeles dentro de su cartera.

—Es algun juego de prendas, Daniel?

—Esto és lo que és, mi buen Señor, y nada mas.

—Esto me huele á alguna intriga amorosa, Da-

niel, cuidado, hijo mio, cuidado! Buenos Aires está perdido en ese sentido, como en muchos otros!

—Amen. Y para que la perdicion no se estienda hasta mi antiguo maestro y mi presente amigo, usted me hará el favor de olvidarse para siempre jamás de lo que acaba de escribir.

—Palabra de honor, Daniel.—Dijo Don Cándido apretando la mano de su discípulo que acababa de levantarse y se disponía á retirarse.—Palabra de honor, yo he sido jóven, y sé lo que importa el honor de las mujeres y la reputacion de los hombres. Palabra de honor. Vete tranquilo, y sé feliz, favorecido, acatado, como bien lo mereces.

—Gracias mil, amigo mio. Pero mientras yo sigo sus consejos de cuidarme, usted no olvidará mi recomendacion del plano. ¿No es verdad?

—No me has dicho que para mañana lo necesitas?

—Para mañana.

—No habrán dado las doce del dia, cuando lo tendrás en tu poder.

—Llevado por usted mismo, bien entendido.

—Por mí mismo.

—Entonces, buenas nóches, mi querido maestro.

—Adios, mi Daniel, mi amigo, mi salvador, hasta mañana!

Y Don Cándido acompañó hasta la puerta de calle á aquel discípulo de primeras letras, que mas tarde debia ser su protector y salvador, como acababa de llamarlo. Y Daniel, embozado en su capa, siguió tranquilamente por la calle de Cuyo, preocupado con el recuerdo de ese hombre que, mucho mas allá de la mitad de su vida, conservaba, sinembargo, la candidez y la inesperienza de la infancia, y que reunia al mismo tiempo cierto caudal de conocimientos útiles y prácticos en la vida: uno de esos hombres en quienes jamas tienen cabida, ni la malicia, ni la desconfianza, ni ese espíritu de accion y de intriga, de inconsecuencia y de ambicion, peculiar á la jeneralidad de los hombres, y que forman esa especie excepcional, muy diminuta, de seres inofensivos y tranquilos, que viven niños siempre, y que no ven en cuanto les rodea sino la superficie material de las cosas.



CAPITULO IV.

Quinientas onzas.



REFLECSIONANDO iba Daniel sobre las raras condiciones de su primer maestro, mas que sobre otros asuntos de mayor importancia que le preocupaban despues de algunos dias, en la vida ajitada á que lo conducia su organizacion, á la vez que su

entusiasta patriotismo. Este jóven reunia dos condiciones morales, opuestas diametralmente, y que, á pesar de eso, se hallan reunidas alguna vez en un mismo individuo; es decir, habia en él el talento y la circunspeccion de un grande hombre, y el espíritu frívolo y sutil de un jóven comun. Y así se le veia en las circunstancias mas difíciles, en los trances mas apurados, mezclar á lo sério la ironía, á lo triste la risa, y lo mas grave, aquello que era la obra misma de su alta intelijencia, picarlo un poco con los alfileres del ridículo.

En este momento, acababa por ejemplo, de guardar una sentencia de muerte contra su vida en los treinta y dos papelitos que llevaba en su pecho, pues cualquiera que fuese el objeto que se proponia con ellos, el mismo misterio que encerraban, habria sido en aquella época un asunto de pena capital. Y sinembargo, Daniel caminaba reflexionando y riéndose de D. Cándido sin acordarse de tales papelitos. Organizacion rara: corazon frio y valiente en los peligros; débil y ardiente para el amor; imajinacion altísima para las mas vastas concepciones; sutil y lijera para encontrar siempre los contrastes del sello de las cosas.

Ni mas, ni menos que como un jóven indolente, embriagado por esa voluptuosidad del alma y los sentidos á los veinte y cinco años de la vida, que nos hace perezosos esteriormente, porque toda nuestra actividad se reconcentra entonces en los deseos y en los recuerdos, Daniel llegó á su casa en la calle de la Victoria, en cuya puerta encontró á su fiel Fermin que le esperaba con impaciencia, porque eran ya las ocho y media de la noche, es decir, una hora mas tarde de aquella en que Daniel volvía á su casa jeneralmente, á ponerse en estado, como decia, de no ser satirizado por su Florencia; verdadero afecto, única ilusion amorosa en su corazon; único hálito de felicidad que refrescaba el alma de ese jóven, abrasada por la fiebre de la desgracia pública, y de la cual él no habia conocido aun el mas terrible de sus estragos, y porque habian pasado ya millares de hombres de la jeneracion á que él pertenecía: y tal era la separacion repentina y sin término del objeto amado.

A esa época de la dictadura, la mayor parte de los jóvenes arjentinos, en esa edad en que la vida rebosa su sensibilidad y su enerjía en las fuentes secretas de los afectos, habia tenido que decir un

¡adios! á alguna mujer querida, á alguna realizacion bella de los sueños dorados de su juventud; y al sentimiento de la patria, de la familia, del porvenir, se mezclaba siempre la ausencia de una mujer amada en esa segunda jeneracion que se levantó contra la dictadura, y que, para combatirla, tuvo que dejar de improviso las playas de la patria.

La mano de Rosas interrumpe en el corazon de esos jóvenes el curso natural de las afecciones mas sentidas: la de la patria y la del amor. Y en la peregrinacion del destierro; en los ejércitos, en el mar, en el desierto los emigrados alzaban su vista al Cielo para mandar en las nubes un recuerdo á su patria y un suspiro de amor á su querida.

A la época que atravesamos, las esperanzas del triunfo radiaban en la imaginacion de los emigrados; pero por halagüeña que sea una promesa, si posible es tener la paciencia de esperar su logro en la edad mas inquieta de la vida, cuando esa promesa hace relacion con la política, no es lo mismo cuando ella hace parte de la vida de nuestro corazon, porque entonces cada hora es un siglo que pesa lleno de fastidio y zozobra sobre el alma,—así, con el dolor de la proscricion, los emigrados su-

frian, en su mayor parte, los terribles martirios del amor en la ausencia de la mujer amada.

Pero en este sentido Daniel era feliz. Él, el mas devorado por el deseo de la libertad de su patria, el mas dolorido por sus desgracias, el mas activo por su revolucion, podia, sin embargo, á los veinte y cinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada, y ver á su lado esa luz divina, recuerdo ó revelacion del Paraiso, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificacion y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazon.

Asi Daniel entró contento á su casa; pues pronto debia salir de ella para volar al lado de su Florencia.

—Ha venido alguien?—preguntó Daniel dirigiéndose á sus habitaciones.

—Sí, Señor, hay un caballero en la sala.

—Y quien es ese caballero?—prosiguió Daniel sin manifestar la menor curiosidad y entrando á su escritorio por la puerta que daba al pátio.

—El Señor Don Lucas Gonzalez—respondió Fermin entrando al escritorio junto con su Señor.

—Ah, ah, el Señor Don Lucas Gonzalez! Por

ahí debías haber comenzado, tonto: los hombres honrados, y sobre todo, los amigos de mi padre, no deben hacerme antesala mucho tiempo—dijo Daniel, dirijiéndose á su sala de recibo, pasando por su alcoba y dos habitaciones mas, todas iluminadas, y adornadas con sencillez pero con elegancia.

—Cuanto siento, Señor, que se haya usted incomodado en esperarme. Rara vez falto de mi casa á las siete, pero hoy una ocurrencia imprevista me ha detenido fuera de ella,—dijo el jóven dando la mano á un hombre anciano y de un aspecto noble y respetable á quien colocó á su derecha en uno de los sofaés de la sala.

—Hace apenas algunos minutos que he llegado, y de ningun modo me incomodaba el esperar á usted, Señor Bello,—contestó con amabilidad el Señor Don Lucas Gonzalez, antiguo vecino de Buenos Aires, español, hombre acaudalado y de una honradez y buena fé conocidas.

—Es justo que los hijos hereden las afecciones de los padres; y yo siento, Señor, perder un minuto de sociedad con aquellos hombres á quienes estima el mio, y que yo sé que son bien dignos de esa estimacion.

—Gracias, Señor Don Daniel. Yo tambien tengo por el Señor Don Antonio una verdadera estimacion: fué de los primeros arjentinos que conccí en Buenos Aires. Y cuando viene á la ciudad?

—No lo sé, Señor. Sinembargo, me parece que para Setiembre ú Octubre tendré el placer de darle un abrazo; y espero entonces que tendremos el honor de ver á usted con mas frecuencia en esta casa.

—Oh! sí, sí! Yo salgo poco. Pero por el Señor Don Antonio se hacen escepciones con gusto. Somos antiguos amigos. Y, fiado en esta amistad, es que vengo á pedir al hijo una disculpa.

—A mí, Señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

—Sinembargo, me hallo en ese caso,—dijo el anciano con cierta espresion de disgusto.

—Veamos, Señor, qué falta es esa de que habla la escrupulosa delicadeza de usted.

—Sabe usted, Señor Bello, que he respondido á usted por los ciento cuarenta y cinco mil pesos que importan las tropas de ganado vendidas al abastecedor Nuñez.

—Es cierto, Señor, y en el acto de recibir la

carta de usted, dí órden para que fuese entregado el ganado.

—Es verdad, pero el plazo se vence mañana.

—No lo recuerdo ciertamente.

—Sí, mañana; mañana 19 de Mayo.

—Y bien, Señor?

—Es el caso, que Nuñez no ha reunido el dinero, que recién me lo avisa hoy, y que no tengo en caja esa cantidad, que no podré realizarla antes de una semana.

—Y qué necesidad que sea en una semana? ¿Por qué no decir ocho, diez, veinte semanas, las que usted quiera? Al presente no tengo ninguna letra urgente de mi padre, y aun cuando así no fuera, sabe usted que los Señores Anchorenas la cubrirían en el acto. No me fije usted tiempo, Señor Gonzalez. Su palabra de usted me vale tanto como si aquella cantidad estuviese en mis gavetas.

—Gracias, amigo mio,—dijo el Señor Gonzalez con una espresion marcada de ese reconocimiento que es peculiar en los corazones sanos, cuando reciben un servicio—yo tenia en mi caja—continuó—quinientas onzas de oro. Podia con ellas

cubrir á usted ; pero antiyer me he encontrado en uno de esos compromisos . . . de esos compromisos de esta época . . . pues . . . de que un hombre no sabe como libertarse.

—Ya!—esclamó Daniel, que al oír compromiso y época, olvidó el respeto que debia guardar á los asuntos privados de un estraño, y quiso, por el contrario, incitarlo á su explicacion—Ya! tanta suscripcion, tanto donativo á hospitales, espósitos, universidad, guerra! Sobre todo; tantos préstamos, de que un hombre pacífico no puede escimirse por la posicion de los que piden.

—Pues! Eso mismo es lo que acaba de sucederme.

—Préstamos que no vuelven.—continuó Daniel echándose hácia un brazo del sofá, como si solo quisiera hablar de las jeneralidades de la época.

—No; felizmente, creo que esto no me sucederá esta vez, porque Mancilla me hipoteca su casa.

—Oh! es una hermosa finca!—dijo Daniel, que al oír el nombre de Mancilla conoció que el asunto era mas interesante de lo que al principio creyó.

—Hermosísima! Pero de todos modos, es dine-

ro parado, porque, ni pagará intereses, ni yo le haré vender la finca cuando llegue el plazo.

—Oh! y hará usted muy bien! Usted conoce la posicion del jeneral Mancilla: con el préstamo, usted se hace de él un buen apoyo; con el reclamo, se haría usted de él un mal enemigo quizá: los hombres colocados muy alto, no gustan de que les reclamen nada.

—Ha acertado usted, Señor Bello. La amistad de Mancilla me cuesta ya mucho, como la de otros Señores; pero me daré por bien servido con tal de que me dejen vivir tranquilo, gozando con mi familia de esa poca ó mucha fortuna que tengo y que es el fruto del trabajo personal de toda mi vida.

—Triste estado por cierto, Señor Gonzalez: tener que comprar como un favor lo que se nos debe en justicia! ¡Pero como ha de ser! no se puede hacer de otro modo, y es muy prudente lo que usted hace.

—Así lo creo.

—Sin embargo, si las sumas se multiplican en esa proporcion de quinientas onzas, la cosa irá muy mal al fin de algun tiempo. ¿No es usted de mi opinion?

—Y qué he de hacer? Sin embargo esta vez me garanto á lo menos con una hipoteca.

—Se ha estendido ya?

—Todavía no.

—Pero, ha entregado usted el dinero?

—Antiyer: una sobre otra, quinientas onzas de oro.

—Y no habria sido mejor que antiyer se hubiera estendido la escritura de hipoteca, y dar despues una sobre otra las quinientas onzas de oro al jeneral Mancilla?

—Esa era mi idea. Pero fué á casa; el dinero me lo pidió para cubrir un compromiso del momento, y quedó conmigo, en que ayer se labraría la hipoteca.

—Y se hizo así?

—No, no le he visto la cara en todo el dia de ayer.

—Y hoy?

—Tampoco.

—Entonces, Señor Gonzalez, siento decir á usted que mañana sucederá lo mismo que ayer y que hoy.

—Cómo! ¿Cree usted. . . .

—Yo creo muy pocas cosas en la vida, Señor; pero dudo de muchas.

—Ah! Entonces duda usted que Mancilla....

—No dudo del jeneral; dudo de la época: época esencialmente excepcional, todas las acciones deben serlo.

—Pero....

—Eso es lo único de que dudo, Señor. Pero, no es sino una idea mia que puede ser extravagante.... qué se yo! tantas veces nos equivocamos al cabo del dia.

—Hombre ¡por Dios! Si Mancilla hiciera eso, seria una ingratitud, una felonía indigna de un hombre decente—dijo el honrado español esforzándose en persuadirse que el jóven Bello se ecedía en sus dudas, porque, mas que la pérdida de sus quinientas onzas, le lastimaba la idea de ser burlado por un hombre á quien prestaba un servicio.

—Señor Gonzalez, usted es un anciano respetable; un hombre lleno de probidad y de esperiencia; y yo no soy otra cosa que un jóven que comienza la vida; sinembargo, yo le hablo á usted con la lealtad que uso siempre con aquellos que la merecen: haga usted lo posible por que se firme

esa escritura; pero si encuentra usted resistencia, no lleve usted adelante este negocio: hágase usted cargo que ha perdido aquella cantidad en cualquiera especulacion.

—Pero qué resistencia puede haber?

—No pregunte usted eso, Señor Gonzalez. Raciocinemos sobre los hechos, y no preguntemos si deben ó no suceder; bástenos saber que suceden. ¿Cree usted que un cuñado de Rosas se deje demandar impunemente? ¿No cuenta usted por nada el orgullo de los hombres, nunca mas resentido que cuando les hieren en su altanería?

—Con que entonces, si le quitan á uno....

—Y bien, Señor Gonzalez; usted quiere decir que si le quitan á uno lo suyo, uno tiene el derecho de quejarse?

—Claro está.

—Pues no, Señor, no está claro, sino muy oscuro. Por ejemplo, pongámonos en el caso, que el jeneral Mancilla no le hipoteca á usted la casa.

—Pero si ya ha recibido las quinientas onzas.

—Bueno, bien, Señor Gonzalez, pero pongámonos en ese caso.

—En el de que no me estienda la escritura?

—Justamente.

—En ese caso, habria.....

—En ese caso habria cometido una mala accion ¿no es eso?

—Hombre.....

—Si eso es lo que quiso usted decir..... Pero no estamos rodeados de ejemplos de esa naturaleza de cinco años á esta parte, dados por el Gobierno, por el clero, por los diputados, y por todos; Señor, cuantos viven á la sombra de Rosas?

—Y bien? La autoridad haria entonces que se me estendiera la escritura.

—La autoridad judicial, puede ser; pero la autoridad popular tiene tambien sus trámites muy espeditivos, y hay noventa y nueve probabilidades contra una, á que tomaria la parte del cuñado de Su Excelencia. ¿Entiende usted ahora todo lo que tiene de grave este asunto, Señor Gonzalez?

—Sí.

—Perfectamente bien?

—Sí,—contestó el anciano bajando la cabeza como avergonzado de no poder alzarla á la altura, de sus derechos.

—Entonces repito á usted, Señor, que si no nace del jeneral Mancilla el cumplimiento de su obligacion, no se presente á la autoridad, ni le hostilice.

—Respetaré ese consejo,—dijo el anciano algo pálido y descompuesto su rostro, al descubrir en las palabras de Daniel cierta reserva que no podia menos de alarmarle, en aquella época en que la confianza y la seguridad estaban espirando, y comenzando á nacer la incertidumbre y el terror.

—Si no es un consejo, á lo menos, es una opinion de un buen amigo.

—Gracias, Señor Bello, gracias. Yo respeto mucho la opinion de los hombres de bien, sean viejos ó jóvenes. Los ciento cuarenta y cinco mil pesos los tendrá usted la semana que viene,—dijo el anciano levantándose.

—El dia que usted quiera, Señor.

Y Daniel acompañó hasta la puerta de la calle al Señor Don Lucas Gonzalez, antiguo amigo de su padre, y cuyo nombre, por desgracia, debia inscribirse muy pronto en el martirolojio de 1840.

Daniel dió algunos paseos en el patio, y, despues de haber conversado consigo mismo, aquella

cabeza jamás tranquila plegó sus álas, y dejó un poco de tiempo á la vida del corazon, que en aquella organizacion febriciente estaba en continua lucha con la vida de la intelijencia.

—Un frac, Fermin,—dijo Daniel entrando á su aposento donde lo esperaba, tranquilo como buen hijo de la Pampa, el gauchito civilizado en quien depositaba toda su confianza, porque realmente la merecia.

—Bien!—continnó Daniel despues de vestirse su frac y de guardar en su escritorio su cartera con los treinta y dos papelitos, de acepillarse su cabello castaño, y de calzarse un par de guantes de cabritilla blanca.

—Lleva usted la capa.

—No.

—Saco lo que está en el levita.

—No, no habrá necesidad de él.

—Las pistolas?

—Tampoco, dame un baston solamente.

—Las llevo luego?

—Sí: á las once, me llevarás tambien mi caballo y mi poncho.

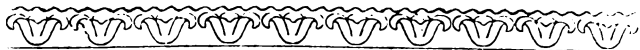
—Lo he de acompañar á usted?

—Sí, vendrás conmigo á Barracas. A las once en punto.

--A lo de Doña Florencia, Señor?

--Y á qué otra casa, tonto?—dijo Daniel disgustado de ver que alguien ponía en duda, que sus únicas horas de recreo pudieran ser pasadas al lado de otra mujer que de aquella tan bien amada de su corazón.





CAPITULO V.

La rosa blanca.



HORA, el lector tendrá la bondad de volver con nosotros á nuestra conocida Quinta de Barracas, en la mañana del 24 de Mayo, y una hora despues de aquella en que dejamos á la Señora Amalia Saenz de Olabarrieta acabando de arreglar su traje de mañana en su primoroso tocador.

Ella es, otra vez, la primera que se nos presenta.

Está sentada en un sofá de su salon, donde los dorados rayos de nuestro sol de Mayo, penetran tibios y descoloridos al través de las celosías y las colgaduras.

Está sentada en un sofá; su rostro mas encendido que de costumbre, y fijos sus ojos en una magnífica rosa blanca que tiene en su mano, y á quien acaricia distraida, con sus manos mas blancas, y suaves que sus hojas.

A su izquierda está Eduardo Belgrano, pálido como una estatua, con sus ojos negros, rasgados y melancólicos, jaspeados sus párpados por una sombra azul que los circunda; contrastando con la palidéz de su semblante, sus ojos, su patilla, y cabellos renegridos y rizados, que caen sobre sus sienes descarnadas y redondas con que la naturaleza descubre la finura del espíritu de aquel jóven, como en su ancha frente, la fuerza de su inteligencia.

—Y bien, Señora?—preguntó Eduardo con una voz armoniosa y tímida, despues de algunos momentos de silencio.

—Y bien, Señor, usted no me conoce,—dijo Amalia levantando su cabeza y fijando sus ojos en los de Eduardo.

—Cómo, Señora?

—Que usted no me conoce; que usted me confunde con la jeneralidad de las personas de mi sexo, cuando cree que mis lábios puedan decir lo que no sienta mi corazón, ó, mas bien, porque no hablamos del corazón en este momento, lo que no es la espresion de mis ideas.

—Pero yo no debo, Señora,...

—Yo no hablo de los deberes de usted,—le interrumpió Amalia con una sonrisa encantadora,—hablo de *mis deberes*: he cumplido para con usted una obligacion sagrada que la humanidad me impone, y con la cual mi organizacion y mi carácter se armonizan sin esfuerzo. Buscaba usted un asilo, y le he abierto las puertas de mi casa. Entró usted á ella moribundo, y le he asistido. Necesitaba usted atencion y consuelos, y se los he prodigado.

—Gracias, Señora!

—Permítame usted, no he concluido. En todo esto, no he hecho otra cosa que cumplir lo que Dios

y la humanidad me imponen. Pero yo cumpliría á medias estos deberes, si consintiese en la resolución de usted: quiere usted retirarse de mi casa, y sus heridas se volverán á abrir, mortales, porque la mano que las labró volverá á sentirse sobre su pecho en el momento que se descubra el misterio que la casualidad y el desvelo de Daniel han podido tener oculto.

—Usted sabe, Amalia, que no han podido conseguir, ni indicios del prófugo de aquella fatal noche.

—Los tendrán. Es necesario que usted salga perfectamente bueno de mi casa; y quizá será necesario que emigre usted,—dijo Amalia bajando los ojos al pronunciar estas últimas palabras.—Y bien, continuó volviendo á levantar su preciosa cabeza,—yo soy libre, Señor, perfectamente libre; no debo á nadie cuenta de mis acciones, sé que cumplo, y sin el mínimo esfuerzo, un riguroso deber que me aconseja mi conciencia, y sin prohibirlo, porque no tengo derecho para ello, digo á usted otra vez, que será contra toda mi voluntad si usted se aleja de mi casa como lo desea, sin salir de ella perfectamente bueno y en seguridad.

—Como lo deseo! Oh! no, Amalia, no!—esclamó Eduardo aprosimándose á la seductora beldad que se empeñaba en retenerlo;—no, yo pasaría una vida, una eternidad en esta casa. En los veinte y siete años de mi ecsistencia, yo no he tenido vida, sino cuando he creído perderla; mi corazon no ha sentido el placer, sino cuando mi cuerpo ha sido atormentado por el dolor; no he conocido en fin la felicidad, sino cuando la desgracia me ha rodeado. Amo de esta casa el aire, la luz, el polvo de ella, pero temo, tiemblo por los peligros que usted corre. Si hasta ahora la Providencia ha velado por mí, ese demonio de sangre que nos persigue á todos, puede descubrir mi paradero y entonces. . . . oh! Amalia, yo quiero comprar con mi felicidad el sosiego de usted, como compraría con todo la sangre de mi cuerpo cada momento de la tranquilidad de su alma!

—Y qué habria de noble y de grande en el alma de una mujer, si no arrostrase tambien algun peligro por la salvacion del hombre á quien. . . . á quien ha llamado su amigo?

—Amalia!—esclamó Eduardo tomando entusiasmado una de las manos de la jóven.

—Cree usted, Eduardo, que bajo el Cielo que nos cubre no hay tambien mujeres que identifiquen su vida y su destino á la vida y el destino de los hombres? Oh! Cuando todos los hombres han olvidado que lo son en la patria; de los arjentinos, deje usted á lo menos que las mujeres conservemos la jenerosidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro carácter. Si yo tuviera un hermano, un esposo, un amante; si fuese necesario huir de la patria, yo le acompañaría en el destierro; si peligraba en ella, yo interpondría mi pecho entre el suyo y el puñal de sus asesinos; y si le fuese necesario subir al cadalso por la libertad, en la tierra que la vió nacer en la América, yo acompañaría á mi esposo, á mi hermano ó á mi amante, y subiría con él al cadalso.

—Amalia! Amalia! Yo seré blasfemo: yo bendeciré las desgracias de nuestra patria desde que ellas inspiran todavía bajo su Cielo el himno májico que acaba de salir de las inspiraciones de vuestra alma!—esclamó Eduardo oprimiendo entre sus manos la de Amalia.—Perdon, yo la he engañado á usted; perdon mil veces. Yo habia adivinado todo cuanto hay de noble y jeneroso en su corazon;

yo sabia que ningun temor vulgar podria tener cabida en él. Pero mi separacion es aconsejada por otra causa, por el honor. . . . Amalia, ¿nada comprende usted de lo que pasa en el corazon de este hombre á quien ha dado una vida para conservarla en un delirio celestial que jamás hubo sentido?

—Jamás?

—Jamás, jamás.

—Oh! repítalo usted, Eduardo,—esclamó Amalia oprimiendo á su vez entre las suyas la mano de Belgrano, y cambiando con los ojos de él esas miradas indefinibles, magnéticas, que transmiten los fluidos secretos de la vida entre las organizaciones que se armonizan, cuando, en ciertos momentos, están templadas en el mismo fuego divinizado del alma.

—Cierto, Amalia, cierto. Mi vida no habia pertenecido jamás á mi corazon, y ahora. . . .

—Ahora?—le preguntó Amalia ajitando convulsiva entre las suyas la mano de Eduardo.

—Ahora, vivo en él: ahora, amo, Amalia.—Y Eduardo, pálido, trémulo de amor y de entusiasmo, llevó á sus lábios la preciosa mano de aquella mujer en cuyo corazon acababa de depositar, con su

primer amor, la primera esperanza de felicidad que habia conmovido su ecsistencia; y durante esa accion precipitada, la rosa blanca se escapó de las manos de Amalia, y, deslizándose por su vestido, cayó á los pies de Eduardo.

A las últimas palabras del jóven el semblante de Amalia se coloreó radiante de felicidad; pero instantáneo, rápido como el pensamiento, ese relámpago de su alma evaporóse, y la reaccion del rubor vino despues á inclinar, como una hermosa flor abatida por la brisa, la espléndida cabeza de la tucumana.

Las manos de los jóvenes no se separaron, pero el silencio, ese elocuente emisario del amor, á quien se debe tanto en ciertos momentos, vino á hacer que el corazon saborease en secreto las últimas palabras de los lábios.

—Perdon, Amalia!—dijo Eduardo sacudiendo su cabeza y despejando las sienas de los cabellos que las cubrian,—perdon, he sido un insensato: pero no, yo tengo orgullo de mi amor y lo declararía á la faz de Dios: amo y no espero, he ahí mi defensa si la he ofendido á usted.

Dulces, húmedos, aterciopelados, los ojos de

Amalia bañaron con un torrente de luz los ojos ambiciosos de Eduardo. Esa mirada lo dijo todo.

—Gracias, Amalia,—esclamó Eduardo arrodillándose delante de la Diosa de su paraiso hallado. Pero, en nombre de Dios, una palabra, una sola palabra que pueda yo conservar eterna en mi corazón.

—Oh! levántese usted, por Dios!—esclamó Amalia obligando á Eduardo á volver al sofá.

—Una palabra solamente, Amalia.

—Sobre qué, Señor?—dijo Amalia colorada como un carmin; pretendiendo retrogradar en un terreno en que se habia avanzado demasiado.

—Una palabra que me diga lo que mi corazón adivina,—continuó Eduardo volviendo á tomar entre las suyas la mano de Amalia.

—Oh, basta Señor, basta!—dijo la joven retirando su mano, y cubriéndose los ojos. Su corazón sufría esa terrible lucha que se establece en las mujeres, en ciertos momentos en que su corazón quiere hablar, y sus labios se empeñan en callarse.

—No,—prosiguió Eduardo,—déjeme usted al menos por la primera, por la última vez quizá hacer á sus pies el juramento santo de la consagra-

cion de mi vida al amor de la única mujer que ha inspirado en mi alma, con mi primer pasión, la primera esperanza de mi felicidad en la tierra. Amo, Amalia, amo y Dios es testigo que mi corazón es estrecho para la extensión de mi cariño.

Amalia puso la mano sobre el hombro de Eduardo. Sus ojos estaban desmayados de amor. Sus labios, rojos como el carmin, dejaron escurrir una fugitiva sonrisa. Y tranquila, sin volver sus ojos de la contemplación estática en que estaban, su brazo estendióse, y el índice de su mano señaló la rosa blanca que se hallaba en el suelo.

Eduardo volvió los ojos al punto señalado, y —Ah!—esclamó, recojiendo la rosa y llevándola á sus labios.—No, Amalia, no es la beldad la que ha caído á mis pies, soy yo quien viviré de rodillas; yo que tendré su imagen en mi corazón, como tendré esta rosa, lazo divino de mi felicidad en la tierra.

—Hoy no!—dijo Amalia arrebatando la rosa de la mano de Eduardo.—Hoy necesito esta flor, mañana será de usted.

—Pero esa flor es mi vida ¿por qué quitármela, Amalia?

—Vida, Eduardo? basta, ni una palabra mas, por Dios,—dijo Amalia retirándose del lado de Eduardo.—Sufro,—prosiguió,—esta flor, caida en el momento que se me habla de amor, ya ha sido interpretada. Bien, se ha interpretado la verdad; pero en mi espíritu supersticioso acaba de pasar una idea horrible. Basta, basta ya.

—Y quién estorbaria hoy nuestra felicidad en el mundo... ?

—Cualquier locura, cosa muy fácil de hacer por ciertas personas en ciertos estados de la vida, sobre este mundo, el mejor de los mundos posibles, como decia no sé quien,—dijo Daniel Bello que entraba á la sala sin que le hubieran sentido venir por las piezas interiores.

—No hay que incomodarse,—continuó, al ver el movimiento que hizo Eduardo para retirarse un poco del lugar tan inmediato á Amalia que ocupaba en el sofá.—Pero ya que me dejas espacio, me sentaré en medio de los dos.

Y como lo dijo, Daniel sentóse en el sofá en medio de su prima y su amigo, y tomando la mano de cada uno, dijo:

—Empiezo por confesar á ustedes que no he

oído mas que las últimas palabras de Eduardo, y que tanto valdria que no las hubiera oído, porque hace muchos días que me las estaba imaginando: He dicho. Y saludó con una gravedad llena de burla á su prima colorada como un carmin, y á Eduardo que frunció el entrecejo.

—Ah! Como ustedes no me quieren contestar,—prosiguió Daniel,—seré yo el que continúe hablando. Cómo dispone usted, mi señora prima: ¿vendrá el coche de la Señora Dupasquier á buscar á usted, ó irá usted en el suyo á casa de la Señora Dupasquier?

—Iré yo,—dijo Amalia sonriendo con esfuerzo.

—Gracias á Dios que veo una sonrisa! Ah! y usted tambien, Señor D. Eduardo? Alabado sea Baco, Santo de la alegría! Yo pensaba que deberas se habian enojado porque yo hubiese oído un poquito de lo mucho que naturalmente tienen ustedes que decirse en este solitario palacio encantado, donde, aunque sea un año, he de venir á habitarlo algun dia con mi Florencia. ¿Me lo prestará usted, Señora Doña Amalia?

—Concedido.

—Enhorabuena. Recapitulemos pues. Horas

fijas, como hacen los ingleses, que jamás yerran sino en la América: á las diez ¿te parece buena esa hora?

—Preferiría mas tarde.

—A las once?

—Mas todavia,—contestó Amalia.

—A las doce?

—Bien, á las doce.

—Enhorabuena. A las doce de la noche, pues, estarás en casa de Florencia, para conducirla al baile, pues la Señora Dupasquier solo de este modo consiente en que vaya su hija.

—Eso es.

—Quién te acompañará en el coche?

—Yo,—dijo Eduardo precipitadamente.

—Espacio, espacio, caballero. Usted se guardará muy bien de andar acompañando á nadie hoy á las doce de la noche.

—Y cómo ha de ir sola?

—Y cómo ha de ir usted con ella, en la noche del 24 de Mayo?—contestó Daniel mirando fijamente á Eduardo y recargando la voz sobre las palabras *veinte y cuatro*.

Eduardo bajó los ojos, pero Amalia que con su

vivísima imaginación, había comprendido que aquellas palabras encerraban algún misterio, se dirigió á su primo con esa prontitud de las mujeres, cuando les hieren alguna de las cuerdas de esa harpa de celosos afectos que se llama su corazón, y le preguntó:

—Puedo saber, por qué no es lo mismo la noche del 24 de Mayo que otra cualquiera, para que el Señor me haga el honor de acompañarme?

—Es justísima tu interrogación, mi querida Amalia, pero hay ciertas cosas que los hombres tenemos que reservar de las Señoras.

—Pero aquí hay algo de política, no es verdad?

—Puede ser.

—Yo no tengo ningún derecho para escijir de este caballero el que me acompañe; pero á lo menos, creo tenerlo sobre él y sobre tí para recomendarles un poco de prudencia.

—Yo te respondo de Eduardo.

—De los dos,—se apresuró á decir Amalia.

—Bien, de los dos. Quedamos pues, en que á las doce irás á lo de Florencia. Pedro te servirá de cochero, y el criado de Eduardo de lacayo. Una vez en casa de Madama Dupasquier, monta-

rás con ella en su coche para ir al baile; y el tuyo volverá á buscarte á las cuatro de la mañana.

—Oh! es mucho! cuatro horas! una solamente.

—Es muy poco.

—Me parece que para el sacrificio que hago, es demasiado.

—Lo sé, Amalia; pero es un sacrificio que haces por la seguridad de tu casa, y con ella por la tranquila permanencia de Eduardo. Te lo he dicho diez veces: no asistir á este baile dado á Manuela, en que recibes una invitacion de ella, solicitada por Agustina, es esponerte á que lo consideren como un desaire, y estamos mal entonces. Agustina tiene un especial empeño en tratarte, y ha buscado este medio. Entrar al baile y salirte de él antes que ninguna otra, es hacerte notable en mal sentido á los ojos de todos.

—Y qué me importa de esa jente?—dijo Amalia con un acento marcado de desprecio.

—Muy cierto; á esta Señora, ni le deben dar cuidado los resentimientos de esa jente, ni he sido nunca de tu opinion, Daniel, de que le haga el honor de concurrir á su baile,—dijo Eduardo dirijiéndose á su amigo.

—Bravo! Superior!—esclamó Daniel saludando á Amalia y á Eduardo sucesivamente.—Estais inspirados y me habeis convencido.—continuó—es una locura que mi querida prima vaya al baile. Que no vaya, pues. Pero hará muy bien en empezar á quemar sus colgaduras celestes, para no ofender los delicados ojos de la Mashorca, cuando tenga el honor de recibir su visita dentro de algunos días.

—Esa canalla en mi casa!—esclamó Amalia, resplandeciendo sus ojos con todo el brillo de su orgullo, é irguiendo su cabeza que parecia en aquel momento querer reclamar la majestad de una corona.—Y bien—prosiguió,—mis criados harán con ella lo que se hace con los perros: la echarán á la calle.

—Superior! Sublime!—esclamó Daniel frotándose las manos; y, echando luego su cabeza hácia el respaldo del sofá y mirando al cielo-raso, preguntó con una calma glacial:

—Cómo van las heridas, Eduardo?

Un estremecimiento nervioso y súbito como el que ocasiona el golpe eléctrico, conmovió la organizacion de Amalia. Eduardo no respondió. Él

y ella habian comprendido en el acto todo el horrible recuerdo que encerraba la interrogacion de Daniel, y todo cuanto, al mismo tiempo, queria presajiarles con ella.

—Iré al baile, Daniel—dijó Amalia, humedecidos sus ojos por una lágrima brotada de su orgullo.

—Pero es terrible que yo sea la causa!—dijo Eduardo levantándose y paseándose precipitadamente por la sala, sin sentir el dolor agudísimo que le ocasionaban esos violentos pasos en su pierna izquierda, que apenas podíase afirmar en tierra.

—Vamos!—Por amor de Dios!—dijo Daniel levantándose, tomando del brazo á Eduardo y volviéndole al sofá—vamos, tengo que hacer con vosotros como con dos niños. ¿Puedo tener otro objeto en lo que hago, que vuestra propia seguridad? ¿No he hecho lo mismo, no he puesto el mismo empeño en que Madama Dupasquier asista con mi Florencia á este baile? ¿Y por qué, Amalia? ¿por qué, Eduardo? Por despejar en algo el porvenir de todos, de esas prevenciones, de esas sospechas que hoy fermentan el rayo sobre la cabeza en que se amontonan. La muerte se sierne

sobre la cabeza de todos; el acero y el rayo están en el aire, y á todos es preciso salvar. A trueque de estos pequeños sacrificios, yo proporciono la única garantía para todos, y á la sombra de ellos tambien, me garanto yo mismo. Yo, que hoy necesito la libertad, la garantía, la estimacion, puedo decir, de esa jente, para mas tarde, de un dia, de un momento á otro, poder arrancar la máscara de mi semblante, y pero, estamos convenidos ¿no es verdad?—dijo Daniel interrumpiéndose á sí mismo, y, á merced de aquella potencia admirable que ejercia sobre su espíritu, haciendo vagar la risa en su semblante, un momento antes grave y sério, por no acabar de descubrir á su prima algo de los misterios de su vida política.

—Convenido, sí,—dijo Amalia.—A las doce á casa de Madama Dupasquier; de estas nuevas amigas que tú me has dado, y que parece tener empeño en que las sea importuna desde temprano.

—Bah! la Señora Dupasquier es una santa Señora, y Florencia está encantada de tí, desde que sabe que no eres su rival.

—Y Agustina, Agustina, qué motivos, qué inte-

res tiene para querer tratarme? ¿tambien es por zelos?

—Tambien.

—De tí?

—No; desgraciadamente.

—Y de quien?

—De tí.

—De mí?

—Sí, de tí; ha oido hablar de tu belleza, de tus muebles y trajes esquisitos, y la reina de la belleza y los caprichos, quiere conocer: á su rival en ellos: he ahí todo.

—Bah! Pero, ¿y Eduardo?

—Me lo llevo.

—Tú?

—Yo.

—Ahora mismo?

—Ahora mismo. ¿No hemos convenido en que me lo prestaríais por hoy?

--Pero salir de dia! Tú me habias hablado de llevarlo esta noche por algunas horas á tu casa.

—Ciertísimo, pero no podré volver á esta casa hasta mañana.

--Y bien?

—Y bien, Eduardo no saldrá sino conmigo.

--De día?

—De día; ahora mismo.

—Pero, le verán.

—No, Señora, no le verán: mi coche está á la puerta.

—Ah! no lo habia sentido llegar,—dijo Amalia

—Ya lo sabia.

—Tú?

—Yo.

—Tienes tambien el don de segunda vista como los escoseses?

—No, mi linda prima, no; però tengo la ciencia de las fisonomías, y cuando entré á esta sala. . . .

—Señora, me hace usted el favor de mandar llamar á su primo para que no nos diga algun disparate?—dijo Eduardo cortando la frase de Daniel, y acompañando á sus palabras con una sonrisa la mas intelijible para Amalia.

—Toma! nuestro querido Eduardo, Amalia, cree que yo iba á cometer el desatino de repetir lo que él probablemente te estaria diciendo al entrar yo, pues que ha clasificado de disparate la frase que me dejó entre la boca.

—Hola! También es usted mordaz, caballero,— dijo Amalia acompañando sus palabras con una mímica poco agradable para Daniel; es decir, arrancándole dos ó tres hebras de sus lácios cabellos, sin que Eduardo lo notase y con tal prontitud que obligó á Daniel á hacer una exclamacion.

—Qué hay?—preguntó Amalia con la cara mas seria del mundo, y fijando sus bellísimos ojos en los de su primo.

—Nada, hija, nada. Me imaginaba en este momento, que tú y Florencia serán las mas lindas mujeres de esta noche.

—Gracias á Dios, que te oigo decir una cosa razonable!—dijo Eduardo.

—Gracias, y para que sean dos, te diré que es hora de que pidas tu sombrero y me acompañes.

—Yá?

—Sí, ya,

—Pero es temprano aun.

—No, señor; por el contrario, es tarde.

—Bien, ahora.

—No, ya.

—Oh!

—Qué?

—Nada.

—Cáspita, el huésped parece sueco, pues según el vulgo, donde entran allí se quedan los compatriotas de Carlos XII, actuales súbditos del bravo Bernardotte, cuya mirada cuentan que nadie puede resistir. ¡Hace veinte días que está de visita en esta casa, y todavía le parece poco!

—Daniel, me haces el favor de visitar temprano á Florencia?—dijo Amalia.

—Y para qué, Señora?

—Para recibir tu audiencia de despedida.

—Cómo? cómo?

—Tu audiencia de despedida.

—Yo?

—Sí, tú.

—Despedirme, Florencia?

—Justamente.

—Ha hablado con ella Doña María Josefa.

—No.

—Entonces?

—Entonces, seré yo quien hable, yo.

—Para decirle que me despida?

—Eso es.

—Diablo?

—No te parece bien ?

—No por cierto, ni en broma.

—Pues lo haré.

—Quieres decir ?

—Quiero decir: que esta noche haré ver á esa pobre criatura todo lo que la espera con marido tan insufrible.

—Ah ! ¡Bueno! Tomarás la rebancha: Eduardo, me haces el favor de despedirte de Amalia?

—Es irresistible, Señora,—dijo Eduardo levantándose y tomando la mano que le estendia Amalia

—Bah! Esa es condicion de todos los de mi familia : somos irresistibles,—dijo Daniel sonriéndose y dando un paséo del sofá á las ventanas, mientras las manos de Amalia y Eduardo parecian querer estar despidiéndose todo el dia.

Ni él, ni ella se dijeron una sola palabra; sus ojos habian pronunciado largos discursos. Cuando Daniel dió vuelta, Eduardo se dirijia á la puerta, y los ojos de Amalia estaban clavados sobre su rosa blanca.

—Mi Amalia,—dijo Daniel, solo ya con su prima,—nadie en el mundo velará por Eduardo mas

que yo. Yo velo por todos, mientras á mí, solo me guarda la Providencia. Nadie tampoco desea mas que yo tu felicidad en este mundo. Todo lo adivino y todo lo apruebo. Dejadme hacer.

¿Quedas contenta?

—Sí,—dijo Amalia con los ojos llenos de lágrimas.

—Eduardo te ama, y yo tambien estoy contento de eso.

—Lo crees tú?

—Lo dudas tú?

—Yo?

—Sí, tú.

—Dudo de mí.

—No eres feliz con ese amor?

—Sí, y no.

—Es como no decir nada.

—Y sin embargo, digo cuanto siento en mi alma.

—Le amas y no le amas entonces?

—No; le amo, le amo, Daniel.

—Y entonces, Amalia?

—Entonces, soy feliz, con el amor que le pro-

feso, y tiemblo, sin embargo, de que él me ame.

—Supersticiosa!

—Puede ser; pero la desgracia me ha enseñado á serlo.

—La desgracia suele conducirnos á la felicidad, amiga mía.

—Bien, anda, te espera Eduardo.

—Hasta luego!—dijo Daniel poniendo sus labios sobre la frente de su prima.

Un momento despues, los dos amigos subieron al coche, y, á tiempo de romper á gran trote los caballos, alzóse una de las celosías de las ventanas del salon de Amalia, y dos miradas se cambiaron un espresivo adios.



CAPITULO VI.

Veinte y cuatro.



El sol del 24 de Mayo de 1840 había llegado á su ocaso, y precipitado en la eternidad, aquel dia que recordaba en Buenos Aires la víspera del aniversario de su grandiosa revolucion. Treinta años antes, se había despedido de la tierra, viendo desaparecer para siempre

la autoridad del último de nuestros vireyes, de quien, en tal día como ese en 1810, el Cabildo de la ciudad había hecho un Presidente de una Junta Gubernativa, y cuya autoridad limitada descendió mas, pocas horas despues, contra la voluntad del Cabildo, pero por la voluntad del pueblo.

La noche había velado el Cielo con su manto de estrellas, y del palacio de los antiguos delegados del Rey de España se esparcía una claridad que sorprendía los ojos del pueblo bonaerense, habituados despues de muchos años, á ver oscura é imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes, antes y despues de la revolucion, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza, despues del Gobierno destructor de Don Juan Manuel Rosas.

Los vastos salones en que la Señora Marquesa de Sobre-Monte daba sus espléndidos bailes, y sus alegres tertulias de revecino, radiantes de lujo en tiempo de la Presidencia, y testigos de intrigas amorosas y de disgustos domésticos en tiempo del Gobernador Dorrego, derruidos y saqueados en tiempo del Restaurador de las Leyes, habían sido barridos, tapizados con las alfombras de San Fran-

cisco, y amueblados con sillas prestadas por buenos federales para el baile que dedicaba al Señor Gobernador y á su hija, su guardia de infantería, al cual no podría asistir Su Excelencia, por cuanto en ese dia honraba la mesa del Caballero H. Mandeville, que celebraba en su casa el natalicio de su Soberana. Y la salud de su Excelencia podría alterarse pasando indiscretamente de un convite á un baile, por lo que estaba convenido que la Señorita su hija lo representase en la fiesta.

Las luminarias de la Plaza de la Victoria, la iluminacion interior del Palacio, que al través de sus largas galerías de cristales proyectaba su claridad hasta la plaza del 25 de Mayo, la rifa pública, los caballitos, y sobre todo, la aprosimacion de ese 25 que jamás deja de obrar su influencia mágica en el espíritu de sus hijos, arrastraban en oleadas hácia á las dos grandes Plazas á ese pueblo porteño que pasa tan facilmente del llanto á la risa, de lo grave á lo pueril, y de lo grande á lo pequeño: pueblo de sangre española y de espíritu frances, aunque no era esta la opinion de Dorrego, cuando desde la tribuna gritó, á la barra que le interrumpia: "silencio, pueblo italiano;" pueblo

en fin cuyo estudio sicológico sería digno de hacerse, si alguien pudiera estudiar en las páginas descuadradas del libro sin método y sin plan que representa su historia.

Los coches que se dirijian á las casas de los convidados al baile, empezaban á correr con dificultad por las calles paralelas á las Plazas de la Victoria y de 25 de Mayo: los cocheros tenían que contener los caballos; y los lacayos, que habérselas con esos muchachos de Buenos Aires que parecen todos discípulos del diablo; y que se entretienen en asaltar á aquellos y disputarles su lugar, en lo mas rápido del andar del coche.

De repente, uno de los coches que venia del Retiro hácia la Plaza de la Victoria, pasa sus ruedas por encima de una especie de confiteria ambulante colocada bajo la vereda de la Catedral, y una grito espantosa se alza en derredor del coche, acusando al cochero de haber muerto media docena de personas; porque para el pueblo no hay una cosa mas divertida que tener á quien acusar en los momentos en que todo lo que le rodea es inferior á la potencia soberana que representa.

Los vijilantes acudieron. El coche estaba en-

tre un mar de pueblo. Se buscan los muertos, los heridos; no se halla nada de esto, sin embargo; pero las mujeres lloran, los muchachos gritan, los vijilantes regalan cintarazos á derecha é izquierda y el coche no puede moverse. ♥

—Adelante! Rompe por el medio de todos. Rompe la cabeza á cuantos halles, pero anda, con mil demonios,—dice al cochero, uno de los personajes que conducia el carruaje.

—Señor vijilante,—dice otro de los que estaban dentro, sacando la cabeza por uno de los postigos del coche, y dirijiéndose á uno de los agentes de policía, que en ese momento hacia mas heroicidades sobre las espaldas de los pobres diablos que allí habia, que las que hizo Eneas en la terrible noche.—Señor vijilante, creo que no se ha hecho mal á nadie; reparta usted este dinero entre los que hayan perdido algunas frutas, y haga usted que podamos pasar, pues que vamos de prisa.

—Sí eso mismo decia yo. Es griteria nada mas! —dijo el servidor del Señor Victorica guardando los billetes en su bolsillo,—campo, Señores,—gritó en seguida,—campo, que son buenos federales y puede que vayan en servicio de la causa.

La trompeta de Josué tuvo menos majía para derribar las murallas de Jericó, que las palabras de nuestro hombre para arrinconar la multitud contra las paredes del templo, y despejar en un minuto la boca-calle de la Plaza.

—Dobla por la calle de la Federacion, y toma en seguida la de Representantes,—dijo al cochero el primero de los que habian hablado.

Momentos despues, el coche pasaba libremente por la puerta de Su Excelencia el Señor D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, y á los diez minutos de marcha, se paró en el ángulo donde se cruzan las calles de la Universidad y de Cochabamba.

Cuatro hombres bajaron del carruaje, y de uno de ellos recibió orden el cochero, de estar en ese mismo lugar á las diez y media de la noche.

En seguida los cuatro desconocidos, embozados en sus capas, siguieron en direccion al Rio por la misma calle de Cochabamba, oscura en esos momentos, y solitaria como el desierto.

Marchaban de dos en dos, cuando, al desembarcar la última calle que les faltaba para llegar á la casa aislada que se encontraba sobre la barranca,

se hallaron de manos á boca con tres hombres, encapados tambien, que venian en la direccion de la calle de Balcarce.

Las dos comitivas se pararon instantáneamente, y, contemplándose sin duda, guardaron por algun tiempo un profundo silencio.

—Es preciso salir de esta posicion; en todo caso somos cuatro contra tres,—dijo á sus compañeros uno de los hombres que habian bajado del coche. Y con su última palabra dió su primer paso hácia los tres desconocidos.

—Puedo saber, Señores, si es por nosotros que se han tomado ustedes la molestia de interrumpir su camino?

Una carcajada en triño fué la respuesta que recibió el que habia hecho aquella paladina interrogacion.

--Al diablo con todos vosotros! No ganamos para sustos!--dijo el mismo que habia hablado antes, á quien ya se habian reunido sus compañeros, pues que todos se habian reconocido recíprocamente por la voz y por la risa: todos eran unos. Y todos marcharon en direccion al Rio.

A pocos pasos llegaron á una puerta que nues-

tros lectores recordarán, aun cuando un poco menos que el maestro de primeras letras de Daniel.

Ninguno de los siete golpeó la puerta ; pero uno de ellos puso sus labios en la boca-llave, y pronunció las palabras : *Veinte y cuatro*.

La puerta abrióse en el acto, y cerróse luego de pasar por ella el último de los recién venidos.

Algunos minutos despues, las mismas palabras fueron pronunciadas en el mismo paraje, y dos individuos mas entraron á la casa. Y, sucesivamente por un cuarto de hora, fueron llegando comitivas de á dos, y de á tres individuos, usando todos de las mismas palabras y de las mismas precauciones.





CAPITULO VII.

Escenas de un baile.



NTRETANTO, desde las nueve de la noche, los convidados al baile dedicado á Su Excelencia el Gobernador, y á su hija, empezaban á llegar al Palacio de Gobierno, y á las once los salones estaban llenos, y la primer cuadrilla se acababa.

El gran salon estaba radiante. El oro de las casacas militares, y los diamantes de las Señoras resplandecian á luz de centenares de bujías, malísimamente dispuestas, pero que al fin despedian una abundante claridad.

Un no sé qué, sinembargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta, y á la fiesta misma; es decir se veían con ecesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro, cuando se encuentran confundidos con la sociedad á que no pertenecen; esas mujeres que no hacen sino abanicarse, no hablar nada, y levantar muy serias y duras la cabeza, cuando quieren dar á entender que están muy habituadas á ocupar asientos en las sociedades de gran tono, sintiendó, empero, lo contrario de lo que quieren indicar. Todo esto, en cuanto al lugar del baile, pues que en esos salones no se habian encontrado nunca sino las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política, y tan aristocrática en tono y en maneras. Y en cuanto al contraste con la fiesta misma, habia allí ese silencio exótico, que en las gran-

des concurrencias revela siempre algo de menos, ó algo de más.

Se bailaba en silencio.

Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presión de los guantes, y sudando de dolor á causa de sus botas recién puestas, no podían imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

Los jóvenes ciudadanos, salidos de la nueva jerarquía social, introducida por el Restaurador de las Leyes, pensaban con la mejor buena fé del mundo, que no había nada de más elegante, ni cortés, que andar regalando yemas y biscochitos á las Señoras.

Y por último, las damas, unas porque allí estaban á ruego de sus maridos, y estas eran las damas unitarias; otras, porque estaban allí enojadas de no encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y estas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor: las unas despreciativas, y celosas las otras.

La Señorita hija del Gobernador acababa de

llegar, y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones.

Su asiento en la testera del salón, quedó al punto rodeado por una espesa muralla de buenos defensores de la santa causa, que alentados con la presencia de la hija de su Restaurador, empezaron á sacarse los guantes que habian encarcelado por tanto tiempo sus manos habituadas al aire puro de la libertad.

Las buenas hijas de la Restauracion, unas en pos de otras, se acercaban á cumplimentar al primer eslabon de su cadena social.

Otras de las damas, se les ocurría pasar al tocador, al entrar la Señorita Manuela, otras dar un paseo por las salas, otras, en fin, menos disimuladas, se dejaban estar graciosamente en sus sillas, sin cuidarse de la entrada de nadie.

—Manuela, sinembargo, ni se fijaba en el despego de las unas, ni se envanecía con las adulaciones de las otras.

Amable con todos, comunicativa y sencilla, Manuela se atraía tambien las miradas y el aprecio de los pocos hombres que allí habia capaces de

juzgar sin pasion esa pobre y primera víctima de su padre.

Vistiendo un traje de tul blanco sobre otro de raso color rosa ; con adornos de cintas del mismo color en su cabeza y en su seno, ella no radiaba de lujo como otras, pero estaba elegante y *buen moza*, como se dice para definir ese término medio entre lo bello y lo regular.

A pocos minutos de la llegada de Manuela, se presentó la Señora Doña Agustina Rosas de Mancilla ; y todas las miradas se volvieron á ella. Aquí no era el temor, ni la adulacion, era la expresion franca de la admiracion por la belleza, lo que inspiraba entusiasmo á los hombres, y admiracion á las damas.

Aquí debemos especializar la lijerísima observacion que estamos haciendo, porque el objeto bien merece la pena de escribirse y de leerse. ●

“Doña Agustina Rosas de Mancilla fué la mujer mas bella de su tiempo ;” es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algun dia lo repita la historia de nuestro pais, fiada en la verdad de escritores independientes é imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender á ani-

mosidades pequeñas por afiliaciones de partido ó de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia, porque ella no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de Don Juan Manuel Rosas, cuyos miembros han figurado, mas ó menos en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su Gobierno. Y la misma Agustina, si bien es verdad que á la época de los acontecimientos que narramos, vivía completamente ajena á la política, embebida en su vida misma, rodeada de admiradores y de lujo, pasó á ser, mas tarde, cuando el Gobierno de su hermano se dió una esterioridad diplomática y réjia, uno de los personajes mas espectables de la época, y cuyo nombre, como el de Manuela, ocupó los libros, los diarios, y la conversacion de cuantos trataron de los asuntos del Plata, grandes ó pequeños, amigos ó enemigos.

A la época que describimos, la hermana menor de Rosas, esposa del jeneral Don Lucio Mancilla, no tenia la mínima importancia política, ni se ocupaba un instante de unitarios ni de federales. Y á esa época tambien su espíritu, ó por falta de ocasion, ó por un tardío desenvolvimiento, no habia manifestado toda la actividad y estension con que

mas tarde se hizo remarcable, en la nueva faz del Gobierno de su hermano que comenzó con Palermo y con las complicaciones exteriores.

La importancia de esa jóven, en 1840, no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie en la tierra; se la habia dado Dios.

En 1840, tenia apenas 25 años. La naturaleza, pródiga, entusiasmada de su propia obra, habia derramado sobre ella una lluvia de sus mas ricas gracias, y á su influjo habia abierto sus hojas la flor de una juventud que radiaba en todo el esplendor de la belleza. De una belleza de estatuario, de pintor, y á quien ni el uno, ni el otro podrian imitar exactamente. El cincel quebraria los detalles del mármol antes de dar á la estatua los contornos del seno y de los hombros de esa mujer; y el pincel no encontraria como combinar en las tintas el color indefinible de sus ojos, brillantes y aterciopeados unas veces, y otras con la sombra indecisa de la media luz de ese color; ni donde hallar tampoco el carmin de sus lábios, el esmalte de sus dientes, y el color de leche y rosa de su cutis. Rebozando en ella la vida, la salud, la belleza, esa flor del Plata, ostentaba la lozania de su primera aurora, y

debía ser, y lo era en efecto, el encantamiento de las miradas de los hombres, y aun de las mismas mujeres, que, con sus ojos perspicaces, y tan interesadas en este caso, no podían señalar otro defecto en Agustina, sino que sus brazos eran algo más gruesos de lo que debían ser, y no bien redonda su cintura.

Pero, magnífica Diana para la escultura; espléndida Rebeca para el lienzo, la belleza de Agustina no estaba sin embargo en armonía con el bello poético del siglo XIX: había en ella demasiada bizarría de formas, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esos perfiles indefinibles, de esa expresión vaga y dulce, tierna y espiritual que forma el tipo de la fisonomía propiamente bella en nuestro siglo, en que el espíritu y el sentimiento campean tanto en las condiciones del gusto y del arte:—tal era Doña Agustina Rosas de Mancilla en 1840, y que entraba al baile que se describe aquí, resplandeciente de belleza y de lujo. Sus brazos, su cuello y su cabeza, estaban cubiertos de diamantes; y la presión que sufría su talle, daba al rosado subido de su rostro una animación que solo á las unitarias pareció

chocante. Pero habituada la mayor parte de los que se encontraban en los salones, especialmente los hombres, á mirar en Agustina la reina de las bellezas porteñas, creyó que en esa noche conquistaba Agustina, y para siempre, aquel indisputable rango.

Su vestido era de blonda blanca sobre raso del mismo color, y su peinado á la griega, daba lugar, no á que resaltasen los perfiles ó la redondez de su bella cabeza, sino un lazo de diamantes que sujetaba su moño federal.

La maga paseaba los salones, sin haber tomado asiento todavía, al brazo de su esposo el jeneral Mancilla, que en esos momentos parecia recuperar algo de su perdida juventud, al influjo del aire gentil y elegante que este antiguo caballero habia aprendido y ostentado en la culta sociedad que habia frecuentado, cuando pertenecia en alma y cuerpo al partido unitario.

Las miradas seguian á Agustina; la seguian, la devoraban. Pero, de repente un murmullo sordo se escucha en todos los ángulos del salon. Las miradas se vuelven hácia la puerta; y la misma Agustina, arrebatada por la impresion jeneral,

lanza los rayos de sus lindos ojos hácia el centro comun de la mirada universal: dos jóvenes, del brazo, una de la otra, acababan de entrar al salon:—La Señora Amalia Saenz de Olabarrieta, y la Señorita Florencia Dupasquier.

La primera, siguiendo la rigurosa etiqueta de la viudedad, vestía un traje de raso color lila muy bajo, ó mas bien color torcáz, y sobre él, otro de blonda negra mas corto que el primero. Su talle, redondo y fino como el de la estatua griega, estaba ajustado por una cinta del mismo color que el viso, cuyas puntas tocaban con la orilla del vestido negro. Su escote, era tambien de blonda; y en el centro del pecho, un pequeño lazo de cinta igual á la del talle completaban los adornos de su sencillo y elegante traje. Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caían hasta su cuello de alabastro; y entre ellos, en su sien derecha, estaba colocada una linda rosa blanca. El resto de sus hermosos cabellos castaños circundaba la parte posterior de su cabeza, en una doble trenza que parecia sujeta solamente por un alfiler de oro á cuyo estremidad se veía una magnífica perla; y bajo la trenza, en el lado izquierdo de la cabeza,

se descubria apenas la punta de la cintita roja, adorno oficial impuesto bajo terribles penas por el Restaurador de las libertades argentinas.

Florencia vestía un traje de crespon blanco con alforzas, adornado con dos guirnaldas de pequeños pimpollos de rosa, que, bajando de la cintura en fôrma de delantal, hasta tocar en la última alforza, daban vuelta en derredor de ella por todo el vestido. Las mangas de este, eran estremadamente cortas; y un escote de finísimo encaje, era cerrado en medio del pecho por una rosa punzó.

Los cabellos de la jóven, partidos en medio de la frente, caían, como los de Amalia, en flexibles rizos sobre la mejilla; y su trenza, entretejida con hilos de perlas, daba tres vueltas sobre su cabeza, y dos hilos de aquellas, se escapaban de la trenza é iban á adornar la blanca y casta frente de la jóven; y un ramito de pimpollos, semejantes á los del vestido, estaba colocado, bello y maliciosamente, en el lado izquierdo de la cabeza; para que el lindo adorno de la naturaleza hiciera las veces del repulsivo símbolo de la federacion.

Agustina estaba perdida. Acababa de caer de su trono al impulso de una revolucion obrada en la

admiracion universal por la belleza de Amalia.

La Señorita Dupasquier, estaba encantadora, pero era una belleza conocida ya, en tanto que Amalia era la primera vez que se presentaba en público. Y la novedad, esta reina despótica de la sociedad hacía alianza con la radiante hermosura de Amalia para cautivar la mirada y el entusiasmo de todos.

La misma Agustina no pudo prescindir de contemplarla y admirarla largo tiempo.

Varios jóvenes se apresuraron á ofrecer su brazo á las recién llegadas y conducir las á los asientos que eligieran ; porque en ese baile ninguna Señora hacía los honores del recibimiento.

Pero, fuera casualidad, ó la obra de ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar sus iguales sin conocerlos, Amalia fué á sentarse con Florencia en un ángulo del salon, donde habíanse reunido todas las damas que allí habia por la voluntad de sus maridos, tan poco federales como ellas, pero, en obsequio de la verdad, con mucho mas miedo que sus nobles esposas.

Florencia fué levantada en el acto por un joven

amigo de Daniel, para las cuadrillas que comenzaban en aquel momento. Pero Amalia, sin ser olvidada, no fué invitada á las cuadrillas; sucede generalmente que á la primera impresion que hace una mujer bella y desconocida al presentarse en un baile, se apodera del espíritu de los hombres cierto temor, cierta desconfianza de solicitar su compañía en la danza, porque no pueden imaginarse que tal mujer no tenga veinte compromisos para esa noche, y temen recibir una negativa en la primera solicitud.

Pero la pobre Amalia no conocia á nadie, con nadie estaba comprometida, los jóvenes se chasquearon, y ella quedó sola al lado de una Señora anciana, con todos los aires de una de aquellas viejas Marquesas del tiempo de Luis XIII en Francia, ó del virey Pezuela en la ciudad de los Incas.

—Ha venido usted muy tarde, Señorita,—dijo á Amalia la Señora anciana, haciéndola uno de esos saludos casi imperceptibles, pero elegantes, que solo saben hacer las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza.

—En efecto, pero me ha sido imposible venir

antes,—contestó Amalia volviendo el saludo á su vecina, en cuya fisonomía y en cuyo traje, descubrió al momento una persona de distincion, como al mismo tiempo, su poca ecsaltacion por la causa federal, en el moño pequenísimó que traía, casi oculto, entre un adorno de blondas negras en su cabeza. Porque, hasta los dias en que estamos del año de 1840, el mas ó menos federalismo, se calculaba por el mayor ó menor tamaño de las divisas; y dos personas que se encontraban, sabían perfectamente la opinion á que ambas pertenecian, con solo mirarse el hojal de la casaca, si eran hombres, ó la cabeza, si eran Señoras.

—Creo que es esta la primera vez que tengo el honor de ver á usted. ¿Acaso ha llegado usted de Montevideo.

—No, Señora, resido en Buenos Aires hace algun tiempo.

—Algun tiempo! ¿Entonces no es usted de Buenos Aires?

—No, Señora, soy tucumana.

—Ah! Bien me lo decia yo, era imposible que usted no hubiera llamado mi atencion, si fuera usted mi compatriota!

—Sin embargo, creo que tengo el honor de ser compatriota de usted, Señora.

—Sí, sí; en cuanto á arjentina; quise decir, de Buenos Aires.

—Es cierto, soy provinciana, como nos llaman aquí,—dijo Amalia con una sonrisa tan amable que acabó de seducir á la buena Señora, que desde ese momento conoció que tenia por interlocutora á una persona de espíritu y de clase.

—Conozco mucho,—la dijo,—á la madre de Florencia. ¿Acaso será usted parienta de ella?

—No, Señora: Tengo el honor de ser su amiga solamente; me llamo Amalia Sáenz de Olabarrieta,—dijo Amalia anticipándose á satisfacer la curiosidad de su compañera, en quien ya habia descubierto la propension de hablar y preguntar que nunca es mas comun que en los bailes, entre ciertas Señoras que ya han perdido la esperanza de danzar en ellos.

—Ah! ¿es usted la Señora viuda de Olabarrieta? Tengo mucho gusto en conocer á usted. He oido su nombre muchas veces; y por cierto que en cuanto he oido, no hay nada de ecsajerado.

—Yo creía, Señora, que en Buenos Aires habia

sobradas cosas de que ocuparse para hacer á una pobre viuda el honor de acordarse de ella.

—Una pobre viuda, que no tiene rival en belleza, y que, según dicen, ha hecho de su casa un templo de soledad y de buen gusto! Ah, Señora! Si usted supiera que pocas son las cosas bellas y de buen gusto que nos han quedado en Buenos Aires, no se resentiría entonces la modestia de usted!

—Pero, Señora,—contestó Amalia,—yo veo aquí el ejemplo contrario de lo que usted me dice.

—Aquí?

—Aquí, sí, Señora.

—Aquí? De buen gusto? ¡Por Dios, no me haga usted perder parte de la admiración que me ha causado!—dijo la Señora, con una sonrisa la más picante y despreciativa del mundo.—El buen gusto,—prosiguió,—hace muchos años que ha desaparecido de Buenos Aires. ¡Oh! si usted hubiera visto nuestros bailes de otro tiempo! ¡Qué hombres! ¡qué mujeres! ¡Oh! eso era elegancia y buen gusto, Señora! Pero hoy!

—Podría saber, Señora, si no es indiscreción, con quien tengo el honor de hablar?

—Soy la Señora de N....

—Ah! me felicito por esta ocasion en que tengo el honor de saludar á la Señora de N....

—Parece que usted quedó admirada sobre mi juicio respecto á este baile, ¿no es verdad?—prosiguió la Señora de N....que al parecer estaba empeñada en criticar cuanto allí habia.

—Confieso á usted que yo no echo de menos ese buen tono que estraña usted,—la respondió Amalia, que todo queria oir, sin decir nada.

—Oh, por Dios!

—Cómo! ¿No halla usted de buen tono la concurrencia de esta noche?—le preguntó Amalia que empezaba á encontrar que su vecina podria distraerla del mal humor que sentia.

—Buen tono!—dijo la Señora riéndose, echando negligentemente su brazo al respaldo de la silla, y aproximándose á Amalia,—¿Conoce usted,—continuó,—ciertas calidades físicas en los hombres, que revelan perfectamente su buena ó su mala raza?

—Quizá.

—Fíjese usted un momento en el pié de los hombres.

—Y bien? Ya está.

—Qué nota usted ?

—Qué noto ?

—Sí; con franqueza.

—Nada.

—No es cierto.

—Pues, Señora, no comprendo.

—Yo se lo explicaré á usted: son hombres de pies anchos y botas cortas ¿se rie usted ?

—De la ocurrencia, Señora.

—Pues esa es la primera señal de la clase á que esos hombres pertenecen. Oh, de esos no habia por cierto en nuestros pasados bailes! Botas en un baile! Vé usted aquel frente del salon? ¿Vé usted la primera cuadrilla ?

—Sí, todo lo veo.

—Pues las Señoras sentadas, y las que están bailando, son esposas ó hermanas de estos modernos caballeros.

—De manera, Señora, que usted tiene la suerte de conocer á todos ?

—En jeneral los distingo por clases; en particular conozco á algunos.

—Ah! es una verdadera fortuna! ¡Yo que es-

toy aquí como si me hallára en Constantinopla!

—Tanto mejor.

—Tanto peor, Señora, porque siquiera usted puede saber con quien habla, cuando alguna de esas damas, ó caballeros se le acerquen.

—Pero qué, no tiene usted ningun pariente en Buenos Aires?—preguntó la Señora, fijando sus ojos como para conocer la verdad de la respuesta que iba á recibir.

—Ninguno al servicio, ó en la amistad del gobierno,—contestó Amalia, comprendiendo que la Señora buscaba seguridades.

—Ah! pues entonces, solo ganaría usted una cosa con conocer lo que desea.

—Y cual es, Señora?

—Un poco de risa.

—Es algo.

—En esta época especialmente. ¿Qué le parece á usted aquel caballero que está recostado contra el marco de aquella puerta estirándose su hermoso chaleco colorado?

—Me parece bien.

—No, Señora, le parece á usted mal.

—Mal?

—Sí, mal, yo quiero defender á usted contra usted misma.

—Vaya, pues, Señora ; me parecerá mal, si usted se empeña.

—Ese es el Señor D. Pedro Ximeno, comandante interino del Puerto.

—Ah! ese es el Señor Ximeno?

—El mismo. Uno de los hombres mas afortunados en su carrera.

—Es posible!

—Figúreselo usted: en 1821 fué mozo de servicio en el café de la Victoria.

—Ah!

—Sí, Señora, mozo de café.

—Por algo se empieza en este mundo, Señora.

—Y despues se vá adelante ; no es cierto?

—Así es en jeneral.

—Pues eso mismo le pasó á Ximeno.

—Ascendió á la Capitanía?

—No ; de mozo de café, ascendió á mercachifle.

—Hola! la cosa va en progreso,—dijo Amalia sin poder contener su risa.

—Oh! Pero ascendió todavía.

—En el mismo órden?

—Oígalo usted: de mercachifle, pasó á ser empleado en nuestro teatro viejo.

—Hola! se hizo cómico!

—Menos que eso.

—Apuntador?

—Menos que eso.

—Menos que apuntador?

—Sí, Señora.

—Entónces, qué fué?

—Uno de los peones encargados de levantar el telon de boca.

—Oh! es admirable la carrera de ese Señor!
¿Y cómo ha llegado hasta el lugar donde se halla:

—Muy sencillamente: el jeneral Zapiola lo empleó de escribiente en la Capitanía del Puerto, y la Federacion lo hizo Comandante de ella.

—Y aquel otro caballero que en este momento conversa con el Señor Ximeno, ¿quien és?

—Ese es el Señor jeneral Mancilla.

—Ah! el jeneral Mancilla!

—Uno de los mas furiosos unitarios que ocuparon un banco en el Congreso Constituyente. ¿Vé usted ese otro personaje que se les acerca?

—Sí ¿quien és?

—Torres, Don Lorenzo Torres. Dios los cria y ellos se juntan!

—Por qué dice usted eso, Señora?

—Porque Torres tambien fué unitario hasta mucho despues de la revolucion de Lavalle.—contestó la Señora de N.... que parecia saber de memoria la biografia política de todo el mundo.

—De suerte,—dijo Amalia—que hoy hay muchos federales que no lo han sido siempre?

—Cierto. Sin embargo, aquí hay algunos que lo han sido toda su vida. Por ejemplo, allí tiene usted uno—dijo la Señora N.... señalando á un caballero de cuarenta años poco mas ó menos, de tez morena y de ceño zonzo.

—Y ese caballero quien es?—preguntó Amalia.

—Ese es Don Baldomero Garcia, federal toda su vida; hombre de carácter mas duro que su figura, y tan tartamudo de ideas como de lengua. ¡Hola! ¡Hola! Y se dá la mano con un excelente personaje de la actualidad. ¿Lo vé usted?

—Sí, pero no conozco á ese Señor?

—Por Dios, que usted no conoce á nadie! Ese es Juan Manuel Larrazabal. Dios me libre de

creerlo! pero dicen que es un espía del Señor Gobernador.

—Voces de partido quizá,—dijo Amalia, fijando sus ojos rapidamente en un hombre que hacía rato la estaba contemplando con unas miradas trasversales, pues que salian de dos ojos al sesgo.

—Y podrá usted decirme,—preguntó Amalia á la Señora de N. . . .—quien es aquel caballero que está haciendo molinete con un guante blanco, y que se distingue por el tamaño ecsajerado de su divisa punzó?

—Cómo! Pues qué no lee usted la *Gaceta*?

—La *Gaceta*!

—Sí, la *Gaceta Mercantil*.

—No la leo jamás, pero aun cuando así fuera. . .

—Si así fuera, habria comprendido usted que aquel caballero no podria ser otro que el redactor de la *Gaceta*. Se llama Nicolas Mariño. Es el que predica el degüello de los unitarios. El 1.º de Diciembre de 1828, lo ví desde los balcones de mi casa andar por las calles prodigando abrazos á los revolucionarios. Despues entró de oficial en el Ministerio Guido, bajo la administracion Biamont. En 1833, escribió algunos mamarrachos en el *Cla-*

sificador. Después escribió el *Restaurador de las Leyes*. A esa época ya no abrazaba sino á los federales. Ahora escribe la *Gaceta*, y abraza al diablo. Qué ojos! ¿Le ha reparado usted los ojos?

—Sí, Señora,—contestó Amalia riendo de la pregunta, del calor y de las indiscreciones de la Señora de N.... una de aquellas intransijibles unitarias, con quienes la dictadura no pudo jamás, y que las súplicas y el llanto de sus maridos arrastraba á las fiestas federales, donde ellas se desquitaban de la violencia que se hacian en estar en ellas, midiendo con su inflexible rigorismo las categorías de la nueva época que se presentaban á sus ojos.

—Y sabe usted una cosa?—continuó la Señora de N....

—Qué cosa, Señora?

—Que observo que Nicolas Mariño la mira á usted demasiado, y que la mira con los ojos que él tiene, que es lo peor que puede sucederle á una jóven de la belleza de usted.

—Gracias, Señora.

—Y sobre todo, de sus principios, porque ¿no

es verdad que usted no haria á ese hombre el honor de recibirle en su casa?

—Yo tengo formadas ya mis relaciones, y con dificultad contraeria otras nuevas,—respondió Amalia esquivando el dar una contestacion directa.

—Y sobre todo, la de este hombre,—prosiguió la Señora de N. . . .—Y la mira, la mira á usted, no hay duda. Oh! y es un honor! ¡El redactor de la *Gaceta!* ¡El comandante del ilustre cuerpo de Serenos! Pero ¡vaya! al fin la esposa lo distrae de sus melancólicas miradas.

—Aquella Señora de vestido de raso colorado con guarniciones amarillas y negras, y un adorno de fleco de oro en la cabeza, es la esposa del Señor Mariño?

—Sí.

—Ah!

—Que bailes!

—A propósito, ¿me dice usted, Señora, quienes son aquellos cuatro caballeros vestidos de uniforme que están allí, que los veo parados hace tan largo rato sin conversar ni hacer un movimiento?

—Aquellos? Ah! el primero es el coronel San-

ta Coloma, carnicero á la vez que coronel.

--Sí?

—Carnicero de animales y de jente.

—Dejeneración del oficio.

—El otro, es el Señor coronel Salomon, pulpero.

—Vaya, eso es menos malo.

—El otro es el comandante Maestre, forajido de profesion.

—Vamos, no falta sino que el otro pertenezca á tan nobles jerarquías.

—Pues no, Señora, el otro es el jeneral Pintos, verdadero caballero, verdadero soldado de la República; pero para manchar los galones de él y de los que se le parecian, la federacion moderna puso los galones militares en hombres como los tres primeros.

—Sabe usted, Señora,—dijo Amalia,—que sin negar que son interesantes las biografías que usted hace en tan pocas palabras, me interesaria mas el saber, cual de estas Señoras es Manuelita, y cual Agustina?

—Las dos están en este momento bailando en la otra sala ¿le habrán dicho á usted que Agustina es una belleza?

—Cierto, esa es la opinion universal. ¿No es así en la opinion de usted?

—Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

—Lo que quiere decir?

—Que es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió.

—Ese no es un defecto, Señora; ese es el color de las rosas,—dijo á la Señora de N....

—Usted lo ha dicho: es el color de las *rosas*.

—Pero en fin, es una linda mujer?

—No.

—Nó?

—Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono, y demasiado frívola entre la jente de espíritu.

—Está visto,—dijo Amalia para sí misma,—que esta Señora es un tesoro en un baile, pero hay un gran riesgo en dejarse ver de ella, porque está enojada con la humanidad entera.

—Desgracia seria para usted, Señora,—dijo Amalia,—que Agustina supiese que tan mal trata

usted á su belleza, porque en jeneral las personas de nuestro sexo no perdonan ese alfilerazo.

—Bah! ¿cree usted que no lo sabe? ¿Cree usted que toda esa jente no comprende de qué modo es mirada por nosotras?

—Por nosotras?

—Sí, por nosotras. Saben ellas que si nos presentamos en sus fiestas es por nuestros hijos, ó por nuestros maridos.

—Es espuesto, sin embargo.

—Ese es nuestro único desquite: que lo sepan: que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. Por lo demas, el riesgo no es mucho, porque ¿qué pueden hacernos? Por otra parte, no hablamos sino entre nosotras mismas.

—Siempre?—preguntó Amalia con una sonrisa la mas maliciosa del mundo.

—Siempre, como ahora mismo, por ejemplo,—contestó la Señora de N... con el mayor aplomo.

--Perdon Señora, yo no he tenido el honor de decir á usted como pienso.

—Qué gracia! Si desde que se sentó usted á mi lado me lo dijo!

—Yo?

—Usted, sí, Señora, usted. Fisonomías como la suya, maneras cómo las suyas, lenguaje como el suyo, trajes como el suyo no tienen, ni usan, ni visten las damas de la federacion actual.—Es usted de las nuestras aunque no quiera.

—Gracias, Señora, gracias,—dijo Amalia con su sonrisa habitual.

En este momento la Señora de N. . . . saludó cariñosamente á otra Señora que tomaba asiento frente á ella.

—Sabe usted quien es aquella?

—Ya he dicho á usted, Señora, que no conozco á nadie.

—Válgame Dios!

—Y qué he de hacer, Señora?

—Esa es la esposa del jeneral Rolón: buen corazón, excelente amiga; pero las nuevas amistades á que la ha conducido la posicion de su marido, la han hecho perder el poco de buen tono que tenia, y convida á sus tertulias de invierno, anunciando ¿qué le parece á usted que anuncia en las esquelas de invitacion?

—Anunciará la hora y el dia, supongo.

—Bien, pero demás que eso?

—Demás? Si dice que es una tertulia, el dia y la hora del recibimiento, no sé qué mas. . . .

—Pues bien, oiga usted: anuncia que la tertulia se abre con café con leche; ¡ pobre Juana!

Amalia no pudo menos que soltar la risa con menos conveniencia que la que requería el lugar en que se encontraba; y á tiempo de volver su cabeza para no hacerse notable por su risa, un relámpago de alegría brilló en sus ojos: acababa de descubrir á Daniel en la puerta del salon. Daniel entraba en aquel momento; y se dirigia á su prima, despues de haber divisado á su Florencia paseando los salones con uno de sus mejores amigos, con quien acababa de bailar.

Pero antes de que los primos y los amantes se cambien una palabra, salgamos del baile con el lector y vamos un momento á recoger los pormenores de otra escena bien diferente en otra parte, en nada parecida á la que dejamos; y del brazo con el lector hagamos tambien lo posible para volver pronto á los salones de nuestro viejo Fuerte.



CAPITULO VIII.

Daniel Bello.



L j6ven Daniel entraba al baile 6 las doce y media de la noche, pero antes de seguirlo en 6l, veamos lo que era y lo que hac6a tres horas antes en la casa misteriosa

de la calle de Cochabamba, 6 cuya puerta hemos visto acercarse varios individuos, dar una se6a, entrar en la casa, y cerrarse luego la puerta de la calle.

Éntre el lector con nosotros á esa casa, á las nueve y media de la noche, y encontraremos una reunion de hombres bien interesante, pero bien en peligro al mismo tiempo.

La sala de Doña Marcelina, cuyas ventanas daban á la calle, se habia convertido esa noche en campamento jeneral. La cama matrimonial y los catres de lona de sus distinguidas sobrinas habian sido trasportados de la alcoba á la sala. Y todas las sillas de esta, las del comedor, tres baules, y un banco que parecia haber tenido el honor en algun tiempo de ser colocado en la portería de algun convento, estaban cuidadosamente colocados en el círculo que permitia el estrecho aposento convertido improvisamente en sala de recepcion para esa noche, estando colocada en uno de sus testeros una mesa de pino con dos velas de cebo, y delante de ella una silla que parecia la presidencial de aquel lugar.

Parados unos, otros sentados, y otros cómodamente acostados en los catres y en la cama, una crecida reunion de hombres ocupaba la sala de Doña Marcelina, sin mas luz que la escasa claridad de las estrellas que entraba al través de los

pequeños y empañados vidrios de las ventanas.

Las palabras eran dichas al oído, y de cuando en cuando alguno de los que allí estaban se aproximaba á las ventanas, y con la mayor atención paseaba sus miradas por la lóbrega y desierta calle de Cochabamba.

El reloj del Cabildo hizo llegar hasta esta reunión misteriosa la vibración metálica de su campana.

—Son las nueve y media de la noche, Señores, y nadie puede equivocarse en una hora de tiempo cuando le espera una cita importante. Los que no han venido no vendrán ya. Vamos á reunirnos.

Al concluirse la última de esas palabras, dichas por una voz muy conocida nuestra, los postigos de las ventanas se cerraron, y la luz de la pieza inmediata penetró á la sala por la puerta de la habitación contigua.

Un minuto despues, el Señor Don Daniel Bello ocupaba la silla colocada delante de la mesa de pino, teniendo á su derecha al Señor Don Eduardo Belgrano; ocupados los demas asientos por veinte y un hombres, de los cuales el de mas edad

contaría apenas veinte y seis ó veinte y siete años, y cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta á que pertenecian.

—“Amigos míos,—dijo Daniel paseando sus miradas por la reunion,—hemos debido reunirnos esta noche treinta y cuatro jóvenes; y sin embargo, no estamos aquí sinó veinte y tres. Pero cualesquiera que sean las causas porque nuestros amigos nos abandonan, no hagamos á ninguno la ofensa de creerlo traidor, y no abriguemos el menor recelo sobre su secreto. Treinta y dos nombres fueron elejidos por mí. Cada uno recibió su aviso anticipado para concurrir á esta casa en esta noche, y yo sé bien, Señores, quienes son los hombres con cuyo honor puede contarse en Buenos Aires. Ahora, dos palabras mas para inspiraros la mas completa confianza en esta casa. Sorprendidos en ella por los asesinos del tirano, nuestra sentencia estaría pronunciada en el acto. Pero si él tiene la fuerza, yo tengo la astucia y la prevision. Esta casa dá sobre la barranca del rio. El agua está á una cuadra de ella, y á su orilla hay en este momento dos balleneras prontas para recibirnos. En caso de ser sorprendidos, saldre

mos á la barranca por la ventana de una habitacion interior que dá sobre ella; y si aun allí fuésemos atacados, me parece que veinte y tres hombres, mas ó menos bien armados, pueden llegar sin dificultad hasta la orilla del rio. Una vez en las balleneras, los que quieran volver á la ciudad tienen algunas leguas de costa donde poder desembarcarse, y los que quieran emigrar, tienen las costas orientales á pocas horas de viaje. En la puerta de la calle está mi fiel Fermin. En la ventana que dá á la barranca, está el criado de Eduardo de cuya fidelidad tenemos todos repetidas pruebas; y últimamente, sobre la azotea está una persona de mi mas completa confianza, y cuyo poco valor es nuestra mejor garantía, pues si el miedo le impidiese hablar, no le impediría hacer temblar el techo de esta sala con sus carreras: es un antiguo maestro de casi todos nosotros, que ignora los que están aquí, pero que sabe que estoy yo, y eso le basta. ¿Estais satisfechos?"

—“El exordio ha sido un poco largo, pero en fin, ya se acabó, y no creo que haya nadie aquí que despues de haberle oido, no se crea tan seguro como si se hallase en Paris”—dijo un jóven de ojos

negros, de fisonomía alegre y cándida, y que durante hablaba Daniel se habia entretenido en jugar con una cadena de pelo que tenia al cuello.

—“Yo conozco la tierra en que aro, mi querido amigo; yo sé que ninguno de vosotros está tranquilo; y sé ademas, que soy el responsable de cuanto pueda sucederos: Ahora, vamos al objeto de nuestra reunion:

—“Aquí teneis, Señores,—prosiguió Daniel sacando una cartera llena de papeles,—el primer documento de que quiero hablaros: es una lista de las personas que en el mes de Abril y la primera quincena de este Mayo, han llegado emigrados de nuestro pais á la República Oriental: Representan un número de ciento sesenta hombres, todos jóvenes, patriotas y entusiastas. Contamos, pues, con ciento sesenta hombres menos en Buenos Aires. Tengo motivos para aseguraros, que los que hacen hoy el negocio de conducir emigrados á la Banda Oriental, tienen solicitados mas de trescientos pasajes, y esto despues de los asesinatos del 4 de Mayo.

“Resulta pues, que para el mes de julio vamos á tener cuatrocientos ó quinientos patriotas

de menos en Buenos Aires, y esto despues que en los años anteriores de 38 y 39 han salido del pais las dos terceras partes de la juventud.

“Entretanto, oid ahora el estado del ejército Libertador y de las provincias interiores, para poder comprender mejor aquel hecho anterior :

“Despues de la accion de Don Cristóbal, en que se ganó la batalla y se perdió la victoria, el ejército Libertador se encuentra en las puntas del Arroyo Grande, sitiando al ejército de Echagüe arrinconado en las Piedras, todo esto, á pocas leguas de la Bajada, y todas las probabilidades parecen estar en favor del jeneral Lavalle, en el caso de una nueva batalla. Si él triunfa en ella, el paso del Paraná será la consecuencia inmediata, y la campaña se emprenderá entonces sobre Buenos Aires. Si él es derrotado, los restos de su ejército vendrán á reorganizarse sobre el Norte de nuestra provincia, pues tienen para el tránsito de los rios las embarcaciones bloqueadoras; y veis entonces que en uno ú otro caso, la provincia de Buenos Aires está esperando al jeneral Lavalle.

“En las provincias, la Liga se ha estendido como un incendio. Tucuman y Salta, la Rioja,

Catamarca y Jujuy, ya no pertenecen al tirano; se han proclamado contra él, y aprontan sus ejércitos. El fraile Aldao, no es bastante á sofocar la revolucion, y Córdoba se plegará al primero que la amenace. Rosas tenia una esperanza en La-Madrid; La-Madrid ya no le pertenece.”

—“Cómo?”—preguntaron á la vez todos los jóvenes levantándose de sus asientos, menos Eduardo que parecía sumerjido en los misterios de su corazon.

—“Vais á saberlo, Señores; pero, despacio, no alceis la voz, todavia no es tiempo de dar gritos en Buenos Aires.

“He dicho la verdad: el jeneral La-Madrid, comisionado por Rosas para apoderarse del parque de Tucuman, ha dejado que la revolucion se apodere de él, y el 7 de Abril se ha puesto sobre su pecho la cinta azul y blanca de la libertad, y ha pisado la ignominiosa marca de la Federacion de Rosas.”

—“¡Bravo! ¡Bravo!”

—“Silencio, silencio, Señores: aquí teneis este documento, oidlo:

“LIBERTAD Ó MUERTE.

“*Orden jeneral del 9 de Abril de 1840.*

“De órden del Excelentísimo gobierno se reconoce por jeneral en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, al Señor coronel mayor, jeneral Don Gregorio Araoz de La-Madrid, y por jefe del Estado Mayor, al coronel Don Lorenzo Lugones, y jefe de Coraceros del Orden, al coronel Don Mariano Acha.”

La esplosion del sentimiento fué espontánea. No hubo gritos; no hubo vivas, pero las fisonomías hablaban, y los abrazos pronunciaron discursos y juramentos. Daniel midió aquella escena con su mirada de águila: no estaba entusiasmado estaba estudiando en el complicado libro de la naturaleza moral.

—“Ya lo veis, Señores,—continuó con su imperturbable sangre fría,—en todas partes la revolucion se levanta jigantesca, pero esa revolucion tiene un fin ¿por qué no hemos de creer que la revolucion sea lójica, y que vendrá á buscar ese fin en el lugar en que se esconde? Ese fin, es una cabeza, y esa cabeza está en Buenos Aires. Si todos

los esfuerzos se han de dirigir á este punto ¿no es cierto, Señores, que debemos cooperar al triunfo, cuando se aproxime á él?"

—“Sí, sí”—esclamaron todos los jóvenes.

—“Despacio, Señores, despacio. Tengamos lógica antes que entusiasmo. Decís que sí; pero hé aquí que el modo como vosotros deseais cooperar, es aquel precisamente con el que yo estoy en oposicion continúa.

“He empezado por mostraros el crecido número de hombres nuestros que han emigrado del país, y ese número lo vereis aumentar con el vuestro.
oidme, Señores:

“Cuando hay que vencer un principio difundido en la conciencia de una clase ó de un pueblo, es necesario batirse con esa clase ó con ese pueblo, con las armas de la razon, ó con el acero.

“Cuando hay que batir á un gobierno cuya existencia reposa en su poder moral, es necesario entonces minar las bases de ese poder, arrebatándole su popularidad, bien sea en la tribuna, en la prensa, ó en los ejércitos. Pero, Señores, cuando lo que hay que combatir no es un principio, sino un sistema encarnado en un hombre; no un influjo

moral, sino un poder material que se mueve, como una máquina de puñales, al resorte de la voluntad de aquel hombre, es necesario entonces extinguir con el hombre el prestigio, la máquina y la voluntad.

“Contad los hombres patriotas que han salido de Buenos Aires; calculad los que habrán de salir en adelante, si no ponemos un dique á ese torrente de emigracion, y decidme luego, si ese número de hombres no es suficiente para cooperar en la ciudad á la revolucion que traigan á la provincia las armas del jeneral Lavalle, ó las armas de la coalicion de Cuyo.

“La emigracion deja en poder de las mujeres, de los cobardes y de los mashorqueros la ciudad de Buenos Aires, es decir, Señores, el punto céntrico de donde parten los rayos del poder de Rosas.

“Tres ó cuatrocientos hombres aseguran acaso el triunfo del jeneral Lavalle, alistados en las filas de su ejército? Pues bien, Señores, tres ó cuatrocientos hombres de corazon son bastantes para levantar la ciudad y colgar de los faroles de las calles á Rosas y su mashorca, el dia que los aturda

la noticia de la aproximacion de cualquiera de los ejércitos libertadores.

“No podemos reconquistar los que se han ido ; pero á lo menos paremos el curso de esa copiosa emigracion que vá á buscar lejos una libertad que puede encontrarla á su lado, cuando alce su brazo armado sobre la cabeza del tirano.

“Hay peligros en permanecer en Buenos Aires? Habrá peligros y sangre el dia que demos el primer grito de libertad? Pero Señores, ¿no hay peligros y sangre en los ejércitos ; no hay miseria y humillacion en el destierro ?

“Creedme, amigos míos ; yo estoy mas cerca de Rosas que ninguno de vosotros ; yo espongo mas que mi vida, porque espongo mi honor á las sospechas de mis compatriotas ; créedme, pues, que el peor sistema que la juventud de Buenos Aires puede adoptar, en el deseo que la anima de la libertad de su patria, es el ausentarse de ella. ¿Sería tan desgraciado que no hubiese ninguno de vosotros que pensase como yo pienso ?”

—“Esa es mi opinion, esa es mi fé ; yo moriré al puñal de la mashorca antes que dejar la ciudad. Rosas está en ella, y es á Rosas á quien debemos

buscar el día en que uno de nuestros ejércitos pise la provincia. Muerto Rosas, volveremos á todas partes los ojos y no hallaremos un enemigo”—dijo uno de los jóvenes que se encontraba en la reunion.

—“Sois vosotros tambien de esa misma opinion, amigos míos?”—preguntó Daniel.

—Sí, sí, es necesario quedarnos,”—respondieron con entusiasmo todos los jóvenes.

—“Señores,—dijo Eduardo Belgrano luego que se restableció el silencio,—no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el Señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y, sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del país, y aun no sé todavía, si de un momento á otro renovaré mi resolución. Os revelo pues una contradicción entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una esplicación que voy á dárosela :

“Es cierto que debemos quedarnos; es cierto que, lejos de abandonar, debemos estrechar cada vez mas un círculo de fierro en derredor de Rosas para ahogarlo en él el día oportuno á la libertad argentina. Esta teoría no puede ser, ni mas racional!

ni conveniente, dicha en jeneral, aplicada á cualquier otro pueblo de la tierra en iguales circunstancias que el nuestro. Pero nosotros los argentinos, Señores, representamos una escepcion bien práctica respecto de lo que nos ocupa. Vamos á verlo :

“El Señor Bello ha dicho, que tres ó cuatrocientos hombres serían bastantes para concluir con Rosas en la ciudad. Yo quiero creer que es bastante ese número ; quiero mas : quiero creer que están en Buenos Aires todavía todos los hombres de nuestra jeneracion que han emigrado ; mas aun, todos los emigrados unitarios del año 29 y 30, y que somos dos, tres, cuatro mil hombres enemigos de Rosas. Pero sabeis, Señores, lo que esta cifra representa en Buenos Aires ? Representa un hombre.

“Un partido, no es poderoso por el número de sus hombres, sino por la asociacion que lo compacta. Un millon de hombres individualizados, no vale mas, Señores, que dos ó tres hombres asociados por las ideas, por la voluntad y por el brazo.

“Estúdiense como se quiera la filosofia de la dictadura de Rosas, y se averiguará que la causa de

ella está en la individualizacion de los ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo ; esto es demasiado vulgar para que tenga cabida en hombres como nosotros : Rosas tiraniza á cada familia en su casa, á cada individuo en su aposento ; y para tal prodijio no necesita por cierto, sino un par de docenas de asesinos.

“Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerarquías ; sin prestigio en ellas la virtud, la ciencia y el patriotismo ; ignorantes á la vez que vanas, susceptibles á la vez que celosas, las sociedades americanas no tienen entre sí y para sí mismas otros principios de asociacion, que el catolicismo y la independencia política.

“Sin comprender todavía las ventajas de la asociacion en ningun jénero, en los partidos políticos es en los que ella ecsiste menos.

“Un espíritu de indolencia orgánica, de raza, viene á complementar la obra de nuestra desorganizacion moral, y los hombres nos juntamos, nos hablamos, nos convenimos hoy, y mañana nos separamos, nos hacemos traicion, ó cuando menos, nos olvidamos de volver á juntarnos.

“Sin asociacion, sin espíritu de ella, sin es-

peranza de poder organizar improvisamente esa palanca del poder y del progreso europeo que se llama asociacion, ¿con qué contar para la obra que nos proponemos? ¿con el sentimiento de todos? ¡Ah, Señores, ese sentimiento ecsiste hace muchos años en nuestro pueblo, y la mashorca, sin embargo, es decir, un centenar de miserables, nos toma en detalle y hace de nosotros lo que quiere. Esto es lo práctico, y yo prefiero ir á morir en el campo de batalla, á morir en mi casa esperando una revolucion que los porteños todos juntos no podremos efectuar jamás, porque todos no representamos sino el valor de un solo hombre.

“Entretanto, es una verdad indisputable lo que ha dicho mi querido amigo: es decir, que sería mas oportuno y eficaz buscar en la persona única de Rosas el esterminio de la tiranía. Decidme si es posible establecer la asociacion, y seré el primero en desechar toda idea de abandonar el pais.”

Un silencio jeneral sucedió á este discurso.

Todos los jóvenes tenian fijos sus ojos en el suelo. Solo Daniel tenia su cabeza erguida, y sus miradas estudiaban una por una la fisonomía de los jóvenes.

—“Señores,—dijo al fin,—mi querido Belgrano ha hablado por mí en cuanto al espíritu de individualismo que por desgracia de nuestra patria ha caracterizado siempre á los arjentinos. Pero los males que ha traído esa falta de nuestra vieja educación, es la mejor esperanza de que nos enmendaremos de ella, y el incitaros á la asociación, después de iniciaros la necesidad de permanecer en Buenos Aires, era la segunda parte del pensamiento que me ha conducido á este lugar. Habeis convenido conmigo en que debemos esperar los sucesos en Buenos Aires; justo es convengais tambien en que si esos sucesos nos encuentran desasociados, en bien poca parte les podremos ser útiles.

“Además, nos encontramos hoy sobre el cráter de un volcán, que fermenta, que ruje, y cuya explosion no está distante.

“Los asesinatos cometidos yá, no son un fin; son el principio de una cadena de crímenes que como los anillos de una serpiente, vá á desenvolver sus eslabones en torno á la cabeza de todos.

“Rosas por medio de su *Gaceta* y de sus Representantes, hace muchos meses que está azuzando á sus lebreles.

“La embriaguéz del crimen ha perturbado ya el cerebro de nuestros asesinos, y dado á su sangre la irritacion febriciente que es necesaria para el desbocamiento en los delitos populares.

“Los puñales se aguzan ; los brazos se levantan, las víctimas están señaladas, y el momento terrible se aproxima.

“No es una venganza espontánea; es una combinacion reflexionada para enervar, por medio del terror, los esfuerzos del espíritu público.

“Bien pues, si ese momento terrible nos encuentra aislados, todos—no lo dudeis, Señores—vamos á ser víctimas de Rosas.

“Unidos, sistematizada nuestra defensa ; solidarios todos para la venganza del primero que caiga, ó suspenderemos el brazo de los asesinos, ó provocaremos á la revolucion, ó podremos emigrar en masa, cuando se pierda para todos la última esperanza de esterminar la tiranía, ó por último, moriremos en las calles de nuestro pais habiendo antes dejado una leccion honrosa á las jeneraciones futuras.

“Asociados, una vez que tengamos en la provincia alguno de nuestros ejércitos libertadores,

que obran en Entre-Rios, ó que se organizan á la falda de la Cordillera, yo mismo haré cuanto esté de mi parte por precipitar la hora de la San Bartolomé que se prepara. No os alarmeis, mis amigos ; en las revoluciones toda combinacion abortada dá siempre un resultado contrario. Piensan degollar-nos despues de haber aterrorizado nuestro espíritu por medio de esa sostenida predicacion de amenazas con que se nos saluda todos los dias desde la tribuna y la prensa ; y si yo logro que los puñales se alzen prematuramente, y que en vez de encontrar un pueblo de individuos atemorizados, se hallen con un pueblo asociado y fuerte, yo habré entonces preparado el terror para que obre su influencia sobre el ánimo de los asesinos, en vez de obrarse como ellos pensaron, en el ánimo de las víctimas.

“Hay ciertos momentos en que el medio seguro, infalible de hacer fracasar un plan político, consiste en facilitar rápidamente el espacio en que quiere desenvolverse. Con su sistema de economías, el ministro Necker, habria conseguido suspender la marcha de la revolucion francesa que caminaba sordamente ; pero el ministro Colonne, sucesor de

Necker, y que queria la revolucion del pueblo contra la aristocracia y el clero, prodigaba el tesoro para los placeres de la corte, irritando mas de esta manera el espíritu revolucionario del pueblo empobrecido y oprimido, y facilitando el camino de la revolucion.

“Yo que compro con mi sosiego y mi nombre los secretos todos de mis enemigos; yo que palpitando de r bia mi corazon, junto mi mano con las manos ensangrentadas de los asesinos de nuestra patria, yo irritar  con mis palabras su corazon envenenado y les ecsitar  al cr men cuando crea que ese mismo cr men ha de sublevar contra ellos la venganza de los oprimidos. Porque el dia, el instante en que la mano de un hombre de corazon,   la luz del sol, clave su pu al en el pecho de uno de los asesinos, ese instante, Se ores, ser  el postero del tirano; porque los pueblos oprimidos, no necesitan sino un hombre, un grito, un momento para pasar estrepitosamente de la esclavitud   la libertad, del marasmo   la accion.”

La fisonom a de Daniel estaba radiante, sus ojos chispeaban, sus l bios gruesos, y rosados habitualmente, estaban encendidos como el carmin. Las

miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazón altivo, franco y valiente, tenía apoyado el codo sobre la mesa, y su frente reposaba en su mano.

—“Sí, la asociación—dijo uno de los jóvenes—la asociación hoy para defendernos de la mashorca, para esperar la revolución, para colgar á Rosas.”

—“La asociación mañana—dijo Daniel alzando por primera vez la voz, y sacudiendo su altiva, fina é inteligente cabeza : la asociación mañana para organizar la sociedad de nuestra patria.

“La asociación en política para darla libertad y leyes.

“La asociación en comercio, en industria, en literatura y en ciencia para darla ilustración y progreso.

“La asociación en todas las doctrinas del cristianismo para conquistar la moral y las virtudes que nos faltan.

“La asociación en todo y siempre para ser fuertes, para ser poderosos, para ser europeos en América.

“La asociación de los individuos y de los pue-

blos para estudiar filosófica y prácticamente, si esta República que improvisó la revolución de Mayo, fué una inconveniencia política, hija de las necesidades del momento, ó si debe ser un hecho definitivo y duradero.

“Asociacion de estudio sobre los elementos constitutivos del pais para alcanzar á saber exactamente, si no fué un error de la revolución de Mayo el escomulgar el principio monárquico, cuando esa revolución desprendió á estos pueblòs del yugo de fierro que le imponia un rey extraño; para estudiar en fin los efectos porque hemos pasado, en las causas jenerales que los han motivado.

“Quereis patria, quereis instituciones y libertad, vosotros que os llamis herederos de los rejeneradores de un mundo? Pues bien, recordad que ellos y la América toda, fué una asociacion de hermanos durante la larga guerra de nuestra independencia, para lidiar contra el enemigo comun; y asociaos vosotros para lidiar contra el enemigo jeneral de nuestra reforma social:—¡la ignorancia! contra el instigador de nuestras pasiones salvajes:—¡el fanatismo político! contra el jenerador de nuestra desunion, de nuestros vicios, de nuestras

pasiones rencorosas, de nuestro espíritu vanidoso y terco :—el escepticismo religioso. Por que, creedme : nos falta la relijion, la virtud, y la ilustracion, y no tenemos de la civilizacion sino sus vicios.”

Durante este discurso, Daniel habia levantádose poco á poco de su asiento, y, como arrebatados por la enerjía de sus palabras, todos los jóvenes habian hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los lábios del jóven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazon.

—“Mirad, Señores,—dijo Belgrano, paseando sus ojos por la reunion de sus amigos, y conservando su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Daniel :—mirad, mi semblante está bañado de lágrimas, y los ojos que las vierten habian con la niñez perdido su recuerdo ¿las adivináis ? no. La sensibilidad de todos vosotros está conmovida por las palabras de mi amigo, y la mia lo está por el porvenir de nuestra patria. Yo creo en su rejeneracion, creo en su grandeza y su futura gloria ; pero esa asociacion que las ha de jerminalar en el Plata, no será, no, la obra de nuestra jeneracion, ni de nuestros hijos ; y mis lágrimas nacen de la ter-

rible creencia que me domina de que no seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en el Plata la brillante aurora de nuestra libertad civilizada, porque nos falta para ello naturaleza, hábitos y educación para formar esa asociación de hermanos que solo la grandeza de la obra santa de nuestra Independencia pudo inspirar en la generación de nuestros padres.”

—Sí, sí, nos asociaremos—gritaron muchos jóvenes.

—Silencio, Eduardo, silencio por Dios—dijo Daniel al oído de Eduardo.

—“Sí, amigos míos, nos asociaremos,—continuó Daniel—y bajo el entusiasmo de esa idea debemos separarnos ya. Yo redactaré nuestro Estatuto. Será sencillo, la expresión de una necesidad bien simple : la de poder juntarnos en un cuarto de hora cuando la defensa ó la iniciación revolucionaria lo requieran.

“Hoy es el 24 de Mayo. Separémonos antes que la luz del 25 sorprenda á tantos argentinos reunidos, que no pueden, sin embargo, saludarla libres.

“El 15 de Junio nos volveremos á reunir en esta misma casa y á las mismas horas.

“Una sola palabra mas : ponga cada uno de vosotros sus medios; su influencia toda para evitar que nuestros amigos emigren ; pero si decididamente lo quieren, que se acerquen á mí ; yo respondo de la seguridad en su embarque. Pero solo para este caso buscad mi persona. Fuera de él huid de mí ; censurad mi conducta entre los indiferentes ; enturbiad mi nombre con vuestra censura, pues llegará el momento en que yo lo purifique en el crisol de la libertad pátria. Estais satisfechos, teneis en mí una completa confianza ?”

Los jóvenes se precipitaron á Daniel y un fuerte abrazo fué la respuesta que recibió de cada uno.

En seguida, abrióse la puerta que daba á la sala, luego los postigos á la calle ; y, diez minutos despues, no quedaban de los jóvenes de la reunion, sino Daniel y Eduardo.

Ellos volvieron de la sala al cuarto en que habia tenido lugar la sesion ; y allí, parado junto á lá mesa, con su sombrero puesto, y una capa color pasa sobre sus hombros, Daniel y Eduardo encontraron á un personaje que durante la escena anterior habia oido todo desde el cuarto contiguo al

de la reunion, y cuya puerta habia estado intencionalmente entreabierta.

—Y bien, Señor?

—Y bien, Daniel?

—Está usted satisfecho?

—Nó.

Eduardo se sonrió y se puso á pasear.

—Pero qué opinion ha formado usted, Señor?— preguntó Daniel al nuevo personaje.

—Que todos han salido conmovidos por esa virtud santa del entusiasmo pátrio; que todos serían capaces en este momento del mas heróico y grande sacrificio; pero que antes del 15 de Junio ya no estará la mitad de ellos en Buenos Aires, y la otra mitad se habrá olvidado de la asociacion.

—Pero entonces qué hacer, Señor, qué hacer?— exclamó Daniel dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, olvidando por un momento el respeto con que parecia tratar á ese personaje, en cuya ancha y noble fisonomía estaba dibujada la superioridad y el talento.

—Qué hacer? Insistir, insistir siempre, y dejar comenzada una obra que acabarán nuestros nietos.

—Pero, y Rosas?—pregunto Daniel.

—Rosas es la expresion injenua de nuestro estado social, y ese estado mismo se opone á nosotros y lo sostiene á él

—Sin embargo, si conseguimos matarlo....

—Quiénes?—preguntó sonriendo el interlocutor de Daniel.

—Cualquier hombre de corazon, Señor.

—No, Daniel, no: para ser tiranicida se necesita una de dos cosas; ó una grande venalidad de alma para vender su puñal, y hombres de estos no ecsisten en nuestro partido, ó un gran fanatismo republicano, y esto último no ecsiste en nuestro siglo.

—Y entonces, qué hacer?

—Trabajar, trabajar siempre: un hombre que se consiga ganar para la libertad y la civilizacion, es al fin un triunfo por pequeño que sea. ¿No es así Belgrano?

—Así es, Señor.

—Entonces hemos hecho bastante por esta noche. Marchemos, mis amigos, mis hijos. Dios á lo menos os dará el premio que se merece la sanidad de vuestra conciencia.

—Vamos, Señor,—dijeron los dos jóvenes pa-

sando á la sala con aquel hombre que parecía tener sobre ellos una influencia moral ejercitada desde mucho tiempo.

El mismo dió su brazo á Eduardo que movía su pierna izquierda con visible dificultad.

El fiel Fermin estaba sentado en la puerta de la calle observando si alguien se aprocsimaba á la casa.

—Ha llegado el coche?—le preguntó Daniel.

—Hace media hora que está en la boca-calle.

El sereno acababa de cantar las once.

A una palabra de Daniel, Fermin marchó al interior de la casa y volvió con el criado de Eduardo que hacía la centinela de retaguardia; y Eduardo, el nuevo personaje y el criado se dirijieron á la boca-calle para tomar el coche.

Una vez solo Daniel con su criado en la casa, dió en el pátio un lijero silvido, y una voz melíflua, refriada, trémula le respondió de la azotea:

—Aquí estoy. ¿Bajo ya de esta altura frígida, sombría y terrible, mi querido y estimado Daniel?

—Sí, baje usted, mi querido y estimado maestro,—dijo Daniel imitando la voz y el estilo de nuestro buen amigo Don Cándido Rodriguez.

—Daniel, tú precipitas mi salud y mi alma. . . .

—Marchemos, Señor, que alguien nos espera en el coche.

Y Daniel arrastrando á Don Cándido, salió de la casa de Doña Marcelina cuya puerta cerró Fermin, guardándose la llave. Don Cándido y Daniel subieron al coche, que luego de saltar Fermin y Manuel á la zaga, se sumerjió en la oscurísima calle de Cochabamba; parando, quince minutos despues, en la calle del Restaurador, tras de San Juan, donde bajó el personaje que hemos mencionado, siguiendo en seguida el carruaje hasta la casa de Daniel, donde bajaron todos cerca de las once y media de la noche.





CAPITULO IX.

Promesas de la imajinacion.



la plaza Nueva,—dijo Daniel á su cochero inglés, que hizo partir los caballos á gran trote dirijiéndose al lugar indicado para dejar en él á Don Cándido, que, como se sabe, vivía á pocos pasos de allí; y luego los dos jóvenes, seguidos de sus criados, entraron en la casa de Daniel.

Por lasa la de ella iba Daniel, y ya su levita estaba desabrochado, y deshecho el lazo de su corbata, para no perder sino el muy necesario tiempo en cambiar su traje ordinario; en uno de baile; que para aquella organizacion inquieta, para aquella existencia tormentosa no habia en el tiempo un solo minuto inútil, pues todos estaban consagrados á la actividad de su intelijencia y de su corazon.

—Piensa que no puedo seguirte á ese paso,—le dijo Eduardo, que solo con gran dificultad andaba.

—Piensa que son cerca de las doce; y que á esa hora deben entrar Amalia y mi Florencia al baile; y que yo debo estar allí para velar por ellas, y para ciertas presentaciones muy necesarias hoy,—le respondió Daniel, entrando á su alcoba y desvistándose, mientras Fermin que adivinaba sus pensamientos, ponía luces delante de un espejo y le preparaba un traje.

—Ah, eres muy feliz, Daniel!—dijo Eduardo echándose en un sillón y estirando su débil y dolorida pierna, al mismo tiempo que desabrochaba su leviton, porque en ese momento su herida del hombro derecho le incomodaba demasiado.

—Decías, mi querido Eduardo?

—Decia que la naturaleza ha hecho de tí el ser mas oriiginal y mas feliz al mismo tiempo.

—Crees lo que dices?

—Lo juraría. Tienes una facilidad inaudita para dejar tu pensamiento en los sucesos que quedan tras de tí, y fijaerlo á tu antojo en los sucesos nuevos que procuras. Juegas tu vida; te entregas en cuerpo y alma á la intriga política, á los peligrosos acontecimientos del dia; tu espíritu se levanta, hace grande, altiva, dominatriz tu inteligencia; y dos minutos despues de ser el primero en el poder de tu voluntad y en la grandeza de tus ideas, pasas con una puerilidad, con una hilaridad sorprendente de lo mas alto de la vida, á las vulgaridades de ella.

Sabes de donde venimos, lo que acabamos de ser, y, sin embargo, ahí estás delante de tu espejo como el mas frívolo de nuestros jóvenes, preparando tu cabello para ir á lucir á un baile, como si tal cosa acabaras de hacer, como si tal hombre acabaras de ser. Esto es, mi amigo, lo que se llama ser feliz en la vida.

—Está bien así?—preguntó Daniel dándose vuelta, dirijiéndose á Eduardo y señalando el lazo

de una corbata de batista que acababa de ponerse.

—Vete al diablo,—le contestó Eduardo haciendo un jesto de malísimo humor al oír la burlona contestacion de su amigo acompañada de una gravedad la mas irónica posible.

—Me voy al diablo,—dijo Daniel volviéndose al espejo y continuando su tocador.

—Prosigue, mi querido Eduardo,—continuó,—los estudios sicolójicos son habitualmente tu fuerte; pero yo creo que despues que concluyas tu discurso voy á darte á penas la clasificacion de *mediano*.... Ah! no respondes! pues bien: yo continuaré por tí.

Y Daniel, que concluía su tocador, vino y sentóse al lado de su amigo apoyando su brazo sobre uno de los del sillón en que estaba.

—No hay nada, mi querido Eduardo, que se explique con mas facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa, que una espresion cándida de las leyes eternas de la naturaleza. Todo en el órden físico como en el órden moral, es inconstante, transitorio y fujitivo: los contrastes forman lo bello y lo armónico en cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta mas esa variedad infi-

nita que reina en el Universo, que en el alma humana. En un dia, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazon, la intelijencia y el espíritu se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego, ó el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ála de un insecto, la mínima cosa hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento, una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente, como otra cualquiera de mayor importancia. En medio de la felicidad, cruza fujitiva una idea; el cristal de nuestra dicha se empaña un momento, y una lágrima caé al corazon en medio mismo de la embriaguéz de su ventura. De la ocupacion mas séria, se descende instintivamente á los goces, ó á los pasatiempos mas frívolos; y en medio de esas grandezas de alma que suelen deificar la vida de un mortal, la vulgaridad viene á poner de repente su rasgo en el grande y luminoso cuadro de esa vida. Los hombres que temen la espontaneidad de su naturaleza se cubren con el velo de la hipocresía, denso para el vulgo, trasparente para los hombres

que tienen inteligencia en sus miradas. Esos hombres eternamente graves en la espresion de su semblante, en sus discursos y en sus maneras, esos hombres mienten, ó su gravedad no es efecto de la importancia filosófica de su alma, sino de una inflexibilidad de su espíritu, que los hace incapaces para la mayor parte de las situaciones de la vida, ó que los hace de condicion mala en la sociedad. Los que no son hipócritas, son como yo: siguen el curso de las diferentes impresiones que los rodean. Además, Eduardo, yo soy porteño; hijo de esta Buenos Aires cuyo pueblo es por carácter el mas inconstante y veleidoso de la América; donde los hombres son, desde que nacen hasta que se mueren, mitad niños y mitad hombres, condicion por la cual buscaron el despotismo por el gusto de hacer una inconstancia á la libertad. Y esto mismo lo piensas tú, Eduardo. Pero ¿quieres que yo te enseñe á profundizar el corazon humano con una sola mirada, ó á interpretarlo á una sola palabra que pronuncian los lábios? ¿Quieres que te pruebe, como las inteligencias mas altas descenden de las ideas mas sociales á un sentimiento de individualidad y de egois-

mo? Pues bien, en tí mismo tengo el ejemplo.

—En mí?—contestó Eduardo volviendo sus ojos á Daniel.

—En tí, Eduardo, en tí. No te ha chocado el verme pasar de una ocupacion política, grave y difícil, á la compostura de un vestido de baile, no; lo que te ha chocado es tu mala fortuna; es decir, el no poder tú tambien venir conmigo.

—Yo? Daniel,

—Tú, Eduardo. Tú que acabas de hablar como un gran filósofo en nuestra reunion, y unos minutos despues no haces sinó sentir como cualquier pobre diablo enamorado de una mujer. Acabas de pensar en la patria, y estás pensando en Amalia. Acabas de pensar como conquistar la libertad, y estás pensando como conquistar el corazon de una mujer. Acabas de echar de menos la civilizacion en tu patria, y echas de menos los bellísimos ojos de tu amada. Esa es la verdad, Eduardo. Ese es el hombre, esa es la naturaleza.

Eduardo bajó su cabeza y llevó la mano á sus cabellos.

—Y ¿crees que te hago la mínima inculpacion

amigo mio? —prosiguió Daniel,—no. Pocas veces he sentido mayor contentamiento que cuando he llegado á conocer que amabas á mi prima. Esa mujer tan delicada, tan poética, tan bella, es la que mejor conviene á tu corazon y á tu carácter. Ella te ama ¿qué mas puedes desear?

—No, Daniel, no puede ser : ella me compadece solamente.

—No; ella te ama. Tu misma situacion dramática ha sido un incentivo á su corazon.

—Lo crees? repítemelo, crees que soy amado de Amalia?—preguntó Eduardo con esa ansiedad de los corazones locamente enamorados, que no se satisfacen jamás de oir repetir las seguridades de su felicidad.

—Lo creo, y creo mas: creo que antes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires, Amalia y tú, Florencia y yo.

—Sí, Daniel, yo la amo. Tú conoces mi vida, sabes esa ecsistencia árida en que ha vejetado mi corazon; este corazon tan rebelde á las vulgaridades de la vida; este corazon que parecia guardar toda su sávia, toda la virjinidad de sus afectos para alguna mujer privilegiada que yo creía que ec-

sistia solamente en los sueños de mi imaginacion; este corazon la ha hallado y la ama, Daniel, con el entusiasmo que se ama la gloria, con la sensibilidad que se ama á una hermana, con la adoracion que se ama á Dios. Mi naturaleza abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece estenderse en el espacio celestino de la felicidad. Mi sueño es poseerla; vivir á su lado, cubrirla con mis manos para que la luz del dia no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay mas allá para la intelijencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo; y si fuera un Dios, yo escojería el mas radiante de mis astros y la diria:—Amalia, reina aquí. . . .

—Bien, mi Eduardo,—esclamó Daniel, pasando su mano por la pálida y noble frente de su amigo,—dónde no hay esa ecsaltacion poética del corazon, no hay verdadero amor á los veinte y siete años de la vida.

—La amo, Daniel,—continuó Eduardo casi sin oír las palabras de su amigo,—la amo yo quier ser su esposo; mi corazon, mi vida, mi fortuna, todo es de ella. ' Viviremos siempre en el campo, siempre en la misma casa donde cambiamos nuestra primer mirada. ¿No es verdad que esa felicidad me espera, Daniel?

—Sí, Eduardo, y mas que esa todavía, oye: dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso á los trabajos de la intelijencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria. Viviremos juntos. Haremos en Barracas una magnífica casa, en una parte de ella vivirás tú y Amalia; en la otra mi Florencia y yo; y cuando necesitemos estraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

—Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos educaremos nuestros hijos ¿no es verdad? Y olvidaremos esos dias pálidos de nuestra juventud; esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la ecsistencia de la patria y

—Lo ves? no te lo dije? Éramos muy felices hace un instante con las promesas de nuestra imaginación, y, sin saber como, arrojas tú mismo en nuestra copa de nectar esa gota amarga de los recuerdos pátrios. Bah! Dejemos esto—dijo Daniel levantándose y mirando el reloj,—van á dar las doce, Eduardo.

—Bien, anda.

—Amalia no ha de querer estar, sino hora y media ó dos horas en el baile.

—Y para qué mas? Mira: no permitas que baile con ninguno de esa canalla inmunda, para que no la manche ninguno con su aliento, ¿oyes?

—Bien, qué mas?

—Cuando salga, dále tú el brazo hasta el coche.

—Eso es, y que Florencia vaya con el primero que la tome.

—Pero tienes dos brazos.

—Sea enhorabuena, qué mas?

—Después del baile llevarás á Florencia hasta su casa, ¿no es cierto?

—A no ser que quieras que Florencia se vaya sola.

—Bien, á las dos de la mañana en punto, yo estaré en tu coche, cerca de la casa de Florencia; cuando hayan dejado á esta, nos cambiaremos: tu pasarás á tu coche, y yo subiré en el de Amalia para acompañarla á Barracas.

—¡Ah! Yo pensaba, caballero, que usted me haria el honor de cenar conmigo.

—Daniel, hace diez horas que no la veo! Mañana pasaremos todo el dia juntos en Barracas. ¿Me perdonas?

—A condicion de una cosa.

—La que quieras.

—Que mañana te dejarás estar en cama todo el dia.

—Diablo! ¿Y qué quieres que haga en la cama despues de haber pasado en ella veinte dias eternos?

—Calmar la irritacion que se haya producido hoy en tus heridas. No puedes tenerte, loco, hace doce horas que andas caminando en un pié; y un amante así es lo mas ridículo posible,—dijo Daniel sonriendo.

—Sí, pero es que.... no se me conoce,—contestó Eduardo, colorado hasta las orejas y tratan-

do de poner muy derecha su pierna izquierda.

—Oh mundo! Oh mundo!—esclamó Daniel echando al aire una bendicion.

—Vete al diablo!—dijo Eduardo arrellanándose en el sillón.

—No; me voy al baile; y lo primero que haré será bailar en tu nombre con . . . ¿quieres que sea con Doña María Josefa?

—Estás de un humor insoportable, Daniel.

—Ah! entonces será con Amalia. Te parece bien?

Eduardo estendió la mano y apretando muy fuerte la de su amigo, le dijo:

—Para Amalia.

Y, separados los dos jóvenes, Eduardo quedó meditando en el sillón, y Daniel subió á su coche cuyos caballos hicieron chispear las piedras de la calle de la Victoria, partiendo en direccion á la Plaza de ese nombre.





CAPITULO X.

Donde continúan las escenas del baile.



ANIEL entraba á los salones del baile á las doce de la noche, como se ha visto al final del capítulo VII.

Florencia pascaba los salones, y Daniel se dirigió á su prima, sentada al lado de aquella intransijible Señora que parecia saber de memoria la biografia de cuantos allí estaban.

La Señora de N. . . . contestó algo fria al saludo de Daniel, y este tomó la mano de Amalia, la dió su brazo, y la dijo, paseándola por la sala:

—Has conversado mucho con esa Señora?

—No. Pero ella ha hablado desmedidamente.

—Sabes quien es?

—Es la Señora de N. . . .

—No; es el marido de la Señora N. . . .

—Cómo?

—Digo que en ese matrimonio están invertidos los secos, ella es él, y él es ella.

—En cuanto á la mitad no tengo duda.

—Es la unitaria mas intransijible; la porteña mas altiva que creo ha ecsistido jamás. Algo muy picante te decía al entrar yo, pues que te reías tanto.

—Sí, me refería que la Señora de Rolon convidada á sus tertulias anunciando que se abren con café con leche.

—Oh!

—No es cierto?

—Nó, no Amalia; son invenciones de las unitarias cuya imajinacion está irritada. No tienen otras armas que el rídículo, y se valen de ellas á

las mil maravillas. La Señora de Rolon es de lo mejor que hay en el círculo federal; su corazón siempre tiene sensibilidad para todos, y su mano no se cierra nunca á los desgraciados. Pero á otra cosa; hace mucho tiempo que has llegado?

—Veinte minutos apenas.

—Te han presentado á Manuela?

—No.

—A Agustina?

—Tampoco. No conozco á nadie,—dijo Amalia con toda candidéz.

—Válgame Dios! y Florencia qué ha hecho?

—Bailar.

—Ah, bailar!

—Aun no se habia sentado, y ya estaba en baile, y ahora....

—Sí, sí, ahora, mírala, allá anda.

—Quién es el que la acompaña?

—Es un amigo mio; pero ven, allí está Manuela, voy á presentarte á ella.

—Dime, tengo que gritar ¡viva la federacion! al saludarla?—preguntó Amalia mirando á su primo con una sonrisa la mas picante del mundo.

—Manuela es lo único bueno de toda la familia

de los Rosas; quizá lleguen á hacerla mala, pero la naturaleza la ha hecho excelente,—dijo Daniel casi al oído de su prima, y cuando estaban ya á cuatro pasos de la hija del dictador argentino.

—Mi prima la Señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, quiere tener la satisfaccion de ofrecer á usted sus respetos, Señorita,—dijo Daniel á Manuela dándole la mano y haciéndola una elegante cortesía.

Manuela se levantó de su asiento, cambió con Amalia los cumplimientos de estilo, en el mejor tono posible, y ella misma le ofreció un asiento á su lado.

Daniel pidió permiso á Amalia de dejarla un instante y fué á buscar á su Florencia perdida entre la multitud de parejas que cuajaban los salones.

—Sabe usted, Señorita, donde podré hallar á la Señorita Florencia Dupasquier?—preguntó Daniel á la misma Florencia, luego que consiguió llegar hasta ella.

—Allí,—respondió Florencia, señalando un grande espejo donde se reproducia en ese momento su preciosa figura.

—Ah! mil gracias, pero está tan lejos, que me

veo privado á pesar mio de invitarla para lo primero que se baile.

—Es una felicidad, caballero, porque esa Señorita está comprometida. ¿No es verdad, Señor?—preguntó Florencia dirigiéndose á su compañero, que no era otro que uno de los amigos íntimos de Daniel.

--Y puedo saber quien es el feliz caballero que acompañará á usted?

—A usted?

—A la Señorita Florencia.

—Un servidor de usted,—dijo otro jóven que se aprocsimaba á los interlocutores en ese momento, y que era uno de los que habian asistido á la reunion secreta pocas horas antes.

—Ah! está visto, es una verdadera conspiracion contra mí,—dijo Daniel paseando encantado sus miradas por el rostro y el talle de su novia.

—Usted lo ha dicho,—dijo Florencia.

—Está bien, yo buscaré algo que se asemeje á la Señorita Florencia,—le contestó Daniel haciéndola un gracioso saludo, cambiando una sonrisa que queria decir en cada uno, *estoy contento*, y volviendo á donde estaba Amalia en sosteni-

da conversacion con la Señorita Manuela Rosas.

Por predispuesto que estuviese el ánimo de Amalia contra el apellido de aquella jóven, su amabilidad y sencillez habíanse insinuado en su carácter naturalmente bueno y jeneroso. Manuela á su vez, impresionada por la belleza de Amalia, por la suavidad de su acentuacion, y por ese buen tono sin esfuerzo que se descubria en ella, dejó arrastrar facilmente sus simpatías hácia la hermosa prima de Daniel, cuyo talento habia sabido apoderarse del buen querer de cuantos rodeaban á Rosas, apareciendo á los ojos de las mujeres, como frívolo y enamorado solamente, cosas de gran valor entre ellas, y á los ojos de los hombres como un jóven que preparaba su intelijencia para ser útil algun dia á la santa causa de la federacion.

Una y otra, pues, conversaban con interés, si no con amistad, cuando Daniel se llegó á su prima, y el coronel D. Mariano Maza á la Señorita Manuela, á tiempo tambien que se paraba delante de las dos jóvenes el redactor de la *Gaceta* y comandante de Serenos D. Nicolas Mariño.

Un valz empezaba.

El coronel Maza presentó su mano á la hija de

su gobernador, y ésta la aceptó y levantóse en el acto: estaba comprometida para ese valz.

El redactor de la *Gaceta* quiso imitar la pantomima de Maza: estiró la mano hácia Amalia balbuciendo algunas palabras.

Daniel sin hablar una sola, tomó de la mano á su prima, la levantó, y dándose vuelta hácia Mariño, que permanecía con la mano estirada, le dijo con la sonrisa mas diplomática del mundo:

—Está comprometida, Señor Mariño.

Y como el anuncio no tenia contestacion, el redactor se quedó en su puesto mientras los primos se colocaron entre las parejas del valz.

Dos de ellas quedaron al fin dueñas del campo: Florencia y su compañero, Amalia y Daniel.

Florencia y Amalia eran, mas bien que dos mujeres, dos ánjeles que volaban rozando la tierra con sus álas.

Florencia radiante, animada.

Amalia tranquila, impulsada por la voluptuosidad de la música y del movimiento.

Una y otra sostenida en el brazo de su compañero, no pisaban la alfombra, se deslizaban en ella como dos sombras, como dos creaciones del espíritu.

Las miradas de todos las seguian, se perdian con ellas en los jiros fujitivos del valz, y se afanaban en vano por descubrir, bajo las nubes de seda y blondas, el pié delicado y flecsible en que se apoyaban aquellos zéfiros de amor que pasaban junto á todos como suspiros de la música, como emanaciones de la luz.

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salon, tan tranquilas como si acabasen de levantarse de su asiento.

Florencia tenia pintadas de rosa sus mejillas.

Amalia estaba bañada de la palidéz del nácar.

Florencia estaba bellísima.

Amalia, divina.

Las dos amigas sentáronse juntas en un ángulo del salon, y á pocos instantes Manuela, del brazo de Agustina, se acercó á Amalia.

Daniel permanecía de pié delante de su amada y de su prima.

Manuela presentó á Agustina, quien con los lábios se dirijia á Amalia y con los ojos á la hermo-

sa perla que sujetaba los espléndidos cabellos de la tucumana.

Sentáronse juntas las cuatro jóvenes, y mientras Manuela entretenía la conversacion con Florencia, Agustina se ocupaba en hacer pregunta sobre pregunta á Amalia, sobre el vestido, sobre las cintas, los encajes &c. &c.

Amalia estaba aturrida de la candidez de la bella porteña, y de cuando en cuando con los ojos interrogaba á Daniel sobre la especie de Señora que tenía á su lado. Agustina, sin embargo, nada notaba de semejantes miradas. Las suyas inspeccionaban hasta la costura del vestido de Amalia.

—Yo quiero que séamos muy amigas,—la dijo Agustina despues de haberla preguntado, si sabia donde encontraría para comprar una perla semejante á la que tenía en su cabeza.

—Será para mí un grande honor, Señora, el disfrutar de la amistad de usted,—la contestó Amalia.

—Hace mucho tiempo que deseaba esta ocasion—prosiguió Agustina,—y ya habia pensado el ir á casa de usted aunque nadie me presentase; porque yo soy así, soy muy franca con mis amigas.

Y me ha de mostrar usted todo cuanto tiene ¿no es verdad?

—Con el mayor placer.

—Aquí no hay nada hoy; las tiendas están vacías, y si no hubiera sido por Florencia no hubiera hoy tenido un vestido con que venir al baile. Ahora solo llegan de encomienda los vestidos de Francia. Pero es preciso tener quien los mande de allí ¿no es verdad?

—Ah! sin duda!

—Pues eso mismo le digo yo á Mancilla todos los dias; pero que! si es lo mismo que si hablara con la pared! ¡Qué feliz fué usted con su marido! Dicen que todo lo que usted tiene se lo hizo traer de Francia, ¿es cierto?

—Sí, Señora, es cierto.

—Oh, que felicidad!

La conversacion siguió, poco mas ó menos, sobre los asuntos, que hacian en esa época el mundo, el paraiso de Agustina, Daniel iba á tomar parte en la conversacion para darle otro jiro cuando se interpusieron entre él y Agustina un caballero negro y gordo y bajo, y una Señora alta y gorda y blanca, que eran nada menos, el Señor Rivera,

Doctor en medicina y cirugía, y su esposa Doña Mercedes Rosas, hermana también de Su Excelencia el Gobernador.

No lucia tanto en esa Señora el vestido de raso color sangre que traia puesto, con guarniciones de terciopelo negro, ni los grandes sarcillos de topacio, ni los hilos de coral que traia al cuello, como lucian sobre la blanquísima cútis de su rostro unos rizados lunares rubios, cuya exuberancia se ostentaba con mas esplendidez en la redonda y turjente barba.

Esta Señora, cuya vocación eran las Musas, y cuyos instintos eran por la democracia. Paróse entre Agustina y Amalia, no como si acabara de beber un baso de agua de la fuente Hypocrén, sino como si acabase de sorber cuatro grandes tazas de la ponchera de Hoffmam; es decir, que la buena Señora del médico Rivera tenia la cara roja y no rosada, y que por los carrillos que habrian dado envidia al mejor guardian del buen economista San Francisco, caían en hilo unas líquidas perlas que, filtrando por los abiertos poros de las sienés, bajaban como rocío á humedecer los redondos y blanquísimos hombros.

—Ché! te he andado buscando por todas partes,—le dijo á su hermana Agustina.

—Bien, ya me has hallado, ¿qué quieres?

—Sudando estoy, mujer; vamos á la mesa.

—Ya?

—Sí, ya, ¿cómo está usted, Señor Bello?

—Señora, estoy á los pies de usted.

—Y qué se ha hecho que no se le vé en ninguna parte? enamorando á todas ¿esta es su prima?

—Sí, Señora, la Señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y tengo el honor de presentársela á usted.

—Me alegro mucho de conocer á usted,—dijo Doña Mercedes dando la mano á Amalia que se habia puesto de pié á la presentacion de Daniel.—Yo tendré mucho gusto en que usted me trate,—continuó.—No espere que Bello la lleve á mi casa, vaya no mas á comer cuando guste. Si quiere, mi marido la irá á buscar, porque yo no soy tan zelosa como él; este es mi marido, Rivera, el médico Rivera ¿no le conocía usted?

—No tenia ese honor, Señora.

—Sí, mucho honor; ¡si usted supiera lo que és! no me deja ni respirar, en su cara se lo digo para que se avergüence ¿lo oyes?

—Lo oigo, Mercedes; pero estás embromando.

—Sin vergüenza!—Con que ya sabe, cuando quiera se vá no mas como á su casa.

Amalia no sabia que contestar. Estaba aturrida, perdida. No habia, ni imaginándose que ecsistieran personas semejantes en el mundo, y mucho menos el que tuviera que entenderse con ellas. Y, sin embargo, el carácter de esta hermana de Rosas, tan orijinalmente cándida, era el mejor y mas inofensivo de la familia.

Felizmente, el comandante Maza, que parecia el caballero de Manuela en esa noche, se presentó á invitarla para llevarla á la mesa, y la escena cambió súbitamente.

Pararse Manuela y pararse todo el mundo, fué obra de un instante.

Las damas federales se precipitaban á seguir de satélites el astro radiante de la federacion de 1840. Cada una queria acercársele y marchar junto á ella para colocarse á su lado en la mesa.

Las damas unitarias, al contrario, ó se dejaban estar en su asiento, ó se separaban lo mas posible de las otras, cambiando entre ellas miradas conversadoras y significativas.

Daniel, en el momento de levantarse Manuela y Agustina, hizo señas á uno de sus amigos; se acercó, le habló dos palabras al oído, y el jóven presentó su brazo á Amalia, mientras Florencia tomó el de Daniel.

Así marchaban al gran comedor del palacio, atravesando los salones y las galerías, cuando la Señora de N. . . . conducida por un caballero jóven, se acercó á Amalia y la dijo al oído:

—La felicito á usted por sus nuevas amistades.

Amalia contestó con una sonrisa.

—Comprendo esa sonrisa. Estamos de acuerdo. Pero hay una cosa grave.

—Una cosa grave?—dijo Amalia parándose, y sintiendo un fuerte latido en su corazón, porque allí lo que no la asustaba, la inquietaba.

—Sí.

—Y cual?

—Mariño está en el asunto.

—Aquel hombre de los ojos. . . .?

—Aquel hombre de los ojos.

—Pero bien ¿qué hay?

—Qué hay?

—Sí.

—Que la sigue á usted con las miradas en todas partes: Que la devora á usted, y que acaba de decir á un amigo mio, que ha de ser usted suya, ó que el diablo se lo ha de llevar.

—Ah! entonces felicitémonos Señora, y vamos á la mesa,—dijo Amalia volviendo á tomar el brazo de su compañero.

—Nó, nó, despacio,—dijo la Señora de N.... usted no sabe, mi querida, qué hombre es ese.

—Ese hombre! ese hombre es un loco y nada mas, Señora—contestó Amalia haciendo un imperceptible movimiento de hombros y saludando con una graciosísima sonrisa á la Señora de N....

Daniel estaba en áscuas por la demora de Amalia, reservándola en la mesa una silla al lado de Florencia, y temiendo por momentos que la ocupase alguna otra.

Felizmente, Amalia entró al comedor cuando aun no habia sido ocupado aquel asiento, y se colocó en él: Daniel y su amigo permanecieron trás de las sillas de ambas jóvenes.

El sempiterno maestro de ceremonias, coronel

Erézcano, habia determinado ciertos asientos en la mesa, segun el rango de ciertas de las personas que allí estaban. Los demas asientos se ocuparon por las Señoras, indistintamente.



CAPITULO XI.

Escenas de la mesa.



A Señorita de Rosas ocupaba una de las cabeceras de la mesa ; á su izquierda estaba el Señor Ministro de Hacienda Don Manuel Insiarte, y á su derecha el Señor Ministro de Su Majestad Británica Caballero Mandeville, que poco antes habia dejado en su casa á Su Ex-

celencia el Señor Gobernador, despues de haber tenido el placer de verlo en su mesa en el convite diplomático dado en celebracion del natalicio de Su Majestad la Reina Victoria, igualmente que al Señor Ministro Arana, que despues del banquete hubo retirándose á su casa algo incomodado del estómago.

En seguida del Señor Mandeville, estaba Doña Mercedes Rosas de Rivera, y frente á ella su hermana Agustina, teniendo á su izquierda al Señor Picolet de Hermillon, Cónsul Jeneral de Cerdeña; seguian despues todas las principales señoras de aquella reunion federal, colocados entre ellas algunos personajes notables de la época, y conservándose los demas caballeros, unos de pié tras las sillas de las Señoras, otros formando grupos en los ángulos del comedor.

Frente á la Señorita Manuela, en la cabecera opuesta de la mesa, estaba sentado el jeneral Mancilla.

Un silencio, apenas interrumpido por el ruido de la porcelana y los cubiertos, inspiraba un no sé qué de ajeno al lugar y al objeto de aquella reunion, y ponía en conflicto á la parte mas creci-

da de los asistentes, en medio de ese silencio de funerales. Era de verse la pantomima de aquellas Señoras esposas de los heroicos defensores de la santa causa, al llevar cada bocado á su boca!

El tenedor se levantaba del plato con una delicadeza tal, que parecia entre los dedos, el fiel de una celosa balanza, pronto á inclinarse al mas ligero accidente. El pedacito de ave ó de pastel, era llevado á los lábios con la misma delicadeza con que una persona de buen gusto lleva á las narices una delicada flor-del-aire, y los indecisos lábios lo tomaban tiernamente, despues que los ojos habian jirado á derecha é izquierda para ver si alguien notaba el pecado capital de comer cuando se está para ello en una mesa.

Todos los preceptos del caton éranse allí escrupulosamente cumplidos: el cubierto siempre sobre el plato, y sobre el plato siempre lo que en él se habia servido; esperando todos que alguien preguntase, para contestar; y como nadie preguntaba, ninguno de los convidados hablaba una palabra.

Habia allí, sin embargo, una dama que comia mas libremente que las otras; y era la Señora esposa de Don Antonio Diaz, personaje célebre de

la emigracion Oriental que acompañó á Buenos Aires al ex-Presidente Oribe. Esta Señora, madre de preciosas hijas que allí estaban, se entretenia en comêrse medio budin, como postre de una piernita de pavo y de una tierna pechuga de gallina, que habia saboreado para quitar de sus lábios el gusto salino que habian dejado en ellos dos ó tres rebanadas de jamon, con que la Señora quiso neutralizar el gusto á manteca que habia dejado en su boca un plato de mayonesa con que habia empezado á preparar su apetito.

Los coroneles Salomon, Santa Coloma, Crespo, el comandante Mariño; los doctores Torres, Garcia, Gonzalez Peña; los diputados Garrigós y Belaustegui, eran de los personajes mas notables que servian de caballeros federales á las damas de la mesa. Pero los coroneles y el comandante especialmente, maldecian con toda buena fé al maestro de ceremonias Erézcano, que colocádolos habia en aquel lugar en que cada bocado se les atragantaba como una nuez. Salomon sudaba; Santa Coloma se retorció el bigote, y Crespo tosía.

El jeneral Mancilla, que mejor que nadie conocia la ridiculez de aquel silencio y de aquella ti-

rantéz aldeánica, se fué de repente á fondo sobre el flanco de sus federales amigos.

—Bomba, Señores—dijo levantándose con una copa en la mano, y con esa gracia y safaduría peculiares al carácter del entusiasta unitario del Congreso.

Damas y caballeros se pusieron de pié.

—“Brindo, Señores,—dijo Mancilla,—por el primer hombre de nuestro siglo, por el que ha de aniquilar para siempre el bando de los salvajes unitarios; por el que ha de hacer que la Francia se ponga de rodillas delante del gobierno de la Confederacion Argentina; por el ínclito héroe del desierto; por el Ilustre Restaurador de las Leyes Brigadier D. Juan Manuel Rosas; y brindo tambien, Señores, por su digna hija que en tal dia como este vino al mundo para honor y gloria de la América.”

Las palabras del jeneral Mancilla fueron la mecha, y el pulmon de los ilustres convidados fué el cañon que dió salida á la detonacion de su fulminante entusiasmo.

Se acabó el silencio, se acabó la tirantéz, se aca-

bó la aldea; y comenzó el bullicio, la elasticidad y la bacanál.

—“Bomba, Señores,—gritó el diputado Garrigós, poniéndose de pié con la copa en la mano.—Bebamos,—dijo,—por el héroe americano que está enseñando á la Europa que para nada necesitamos de ella, como ha dicho muy bien hace muy pocos dias en nuestra sala de Representantes el dignísimo federal Anchorena; bebamos porque la Europa aprenda á conocernos, y que sepa que quien ha vencido en toda la América los ejércitos y las lojias de los salvajes unitarios, vendidos al oro inundo de los franceses, puede desde aquí hacer temblar los viejos y carcomidos tronos de la Europa. Bebamos tambien por su ilustre hija, segunda heroína de la Confederacion, la Señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurrea.”

Si el brindis del jeneral Mancilla despertó el entusiasmo en el ánimo de los federales, el del diputado Garrigós despertó la locura dormida momentáneamente en su cerebro. Las copas se apuraron, no quedando una gota de licor, ni aun en la del caballero Mandeville, despues de esa amable y lisonjera salutacion á la Europa y al trono.

—“Bomba, Señores,—dijo el Prsidente de la Sociedad Popular, despues de haber visto las señas que le hacía su consultor Daniel Bello, que se hallaba frente á él tras las sillas de Florencia y Amalia.

—“Brindo, Señores,—dijo Salomon,—porque nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes viva toda la vida, para que no muera nunca la federacion, ni la América, y para que. . . . y para que. . . . en fin, Señores, ¡viva el Ilustre Restaurador de las Leyes; su ilustre hija que hoy ha nacido; y mueran los salvajes unitarios, y todos los gringos y carcamanes del mundo.”

Todos aplaudieron federalmente la improvisacion de aquel digno apoyo de la santa causa. El mismo ministro británico, como tambien el cónsul sardo, no pudieron menos de admirar la espontaneidad de aquel discurso, y dejaron los cálices vacíos del espumoso champaña que contenian.

Solo habia una persona que nada comprendia de cuanto allí pasaba; ó dicho de otro modo: que no comprendia que en parte alguna de la tierra pudiese acontecer lo que aconteciendo estaba:—y esa persona era Amalia.

Amalia estaba aturdida. Sus ojos se volvian á cada momento hácia Daniel, y sus miradas—esas miradas de Amalia que parecian tocar los objetos y descansar sobre ellos—le preguntaban con demasiada elocuencia: “¿dónde estoy, qué jente es esta; esto es Buenos Aires, esta es la culta ciudad de la República Arjentina?” Daniel la contestaba con ese lenguaje de la fisonomía y de los ojos que le era tan familiar: “despues hablaremos.”

Amalia se volvía á Florencia algunas veces, y solo encontraba en la picaruela cara de la jóven, la espresion de una burla finísima, sin que con eso quedase Amalia mas adelantada que antes en sus interrogaciones.

Ni una, ni otra de las dos jóvenes habia llevado á sus lábios una gota de vino.

Daniel, que estaba en todo, que hacia seña á Salomon, que acababa de hacerlas tambien á Santa Coloma, que aplaudia con sus miradas á Garrigós, que se sonreía con Manuela, que le enviaba una flor á Agustina, un dulce á Mercedes &c., Daniel, decíamos, echó vino en las copas de Amalia y de su Florencia, inclinándose entre las dos sillas y diciendo muy bajito :

—Es preciso beber.

—Yo?—le preguntó Amalia con una altivez y una prontitud, con una dignidad y un enojo, que hubieran podido despertar los zelos de Catalina de Medices, si esa interrogacion hubiera sido hecha en un salon del Louvre, en el reinado de cualquiera de sus hijos, ó mas propiamente dicho, en los reinados de ella.

Daniel no contestó.

Florenca se tomó por él ese trabajo.

—Usted, sí, Señora, usted beberá, y beberá conmigo,—le dijo Florenca.—Solamente que cuando esos caballeros beban por lo que ellos quieran, muy despacito beberemos nosotras por nuestros amigos. . . . pero, mire usted, Amalia, Manuela hace á usted señas.

En efecto, Manuela hizo á Amalia un elegante saludo con su copa, que en el acto fué contestado con no menos buen tono por la bellísima tucumana.

—“Señores,—dijo el comandante y redactor Mariño, que de cuando en cuando jiraba sus oblicuas miradas hácia Amalia;—por el grande héroe de la América, por su inmortal hija, por la muer-

te de todos los salvajes unitarios, sean gringos ó nacionales, y por las bellas de la República Argentina!"—y los ojos de Mariño dieron media vuelta por delante de Amalia.

Era ya necesario gritar mucho para hacerse oír. Los jenerales Rolón y Pinedo consiguieron despues de grandes esfuerzos el hacer entender sus brindis. El coronel Crespo tuvo que pararse sobre su silla para llamar la atencion sobre sus palabras. Pero la voz potente del coronel Salomon dominó de repente la algazara y dijo:

—Señores, me manda decir la ilustre hermana de Su Excelencia nuestro padre, la Señora Doña Mercedes, que pida un momento de silencio al entusiasmo federal, porque va á leer unos versos que ha compuesto.

El silencio se estableció súbitamente. Todas las miradas se dirijieron á la poetiza.

La Safo federal daba un papel á su marido colocado á sus espaldas como era su costumbre.

El marido se resistia á tomar y leer el misterioso canto; y una gresca al oido, pero que parecia ser terrible, furibunda, espantosa, como diria el Señor Don Cándido Rodriguez, tenia lugar en-

tre aquellos cónyugues, modelo de contraste.

El desamparado papel pasó por fin á las manos de un criado, y de estas á las del jeneral Mancilla con un recado de la autora.

El jeneral desdobló el papel ; lo leyó primeramente para sí mismo, y luego, y con toda la socaronería tan natural en su espíritu burlon y trávieso, se paró con semblante grave, y con el tono mas majistral del mundo, leyó en medio á un profundísimo silencio :

SONETO.

Brillante el sol sobre el alto cielo
 Ilumina con sus rayos el suelo ;
 Y descubriéndose de sus sudarios
 Grita el suelo ; que mueran los salvajes unitarios !
 Llena de horror, y de terrible espanto
 Tiembla la tierra de polo á polo,
 Pero el buen federal se levanta solo
 Y la patria se alegra y consuela su llanto.
 Ni gringos, ni la Europa, ni sus reyes
 Podrán imponernos férreas leyes,
 Y donde quiera que haya federales
 Temblarán en sus tumbas sepulcrales
 Los enemigos de la santa causa,
 Que no ha de tener nunca trégua ni pausa.

Mercedes Rosas de Rivera.

La lectura de estos versos orijinnó una sensacion en los concurrentes, poco comun en los banquetes: dió oríjen á un temblor jeneral; los unos, como Salomon y su comparsa, Garrigós y la suya, temblaban de entusiasmo; los otros como Mancilla, como Torres, como Daniel &a., temblaban de risa.

Para las damas federales los versos estaban pindáricos; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento de ser atacadas por accesos de tós, que las obligaron á llevar sus pañuelos á la boca.

Los brindis se sucedieron luego: todos iguales en el fondo, y casi hermanos carnales en la forma.

Los Señores Mandeville y Picolet, bebieron tambien á la salud de Su Excelencia el Gobernador y su jóven hija.

Y como tienen su fin todas las cosas de este mundo, llegó tambien el de la suntuosa cena del 24 de Mayo de 1840.

Las Señoras volvieron á los salones del baile, y mientras la música y los jóvenes las recibian alegres, y mientras Amalia, Florencia, Agustina, Manuela &a., fueron sacadas en el acto para unas

cuadrillas, alegres se quedaron en el comedor, continuando sus entusiastas brindis federales, los heroicos defensores de la santa causa, que no habia de tener trégua ni pausa, segun el último verso del soneto de Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Fué entonces cuando el entusiasmo subió á sus noventa grados, porque nada hay que dé tanta enerjía á la espresion de ciertas pasiones en ciertas jentes, como el buen vino, el ruido de las copas y los brindis.

Fué entonces tambien cuando se vertió una idea cuya espresion sencilla y reducida á sus términos mas precisos, hizo resaltar el fondo de ella, y que se grabára con acero en la imaginacion de los concurrentes : —esa idea fué de Daniel.

Este jóven, despues de haber conducido á Amalia y á Florencia al salon, y dejándolas en baile con dos de sus amigos, volvió al comedor, y, tranquilo, imponente podemos decir, se colocó en una cabecera de la mesa en medio del jeneral Mancilla y del coronel Salomon, tomó una copa y dijo :

—“Señores, bebo por el primer federal que tenga la gloria de teñir su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe que están entre nosotros, de

espías unos, de traidores otros, y de salvajes unitarios todos, esperando el momento de saciar sus pasiones feroces en la sangre de los nobles defensores del héroe de la América, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes.”

Nadie había tenido el valor de definir y expresar tan claramente el sentimiento de la mayor parte de los que allí estaban ; y, como sucede siempre cuando alguien consigue interpretar los deseos informes de la multitud, cuyo lábio no se presta comunmente á darles vida y colorido con los incompletos recursos del lenguaje, aquellas palabras arrebataron la admiracion de todos, cuya aprobacion se manifestó espontáneamente con el coro de estrepitosos aplausos que sucedió al brindis de aquel jóven que lanzaba ese anatema de muerte sobre la cabeza de hombres culpables ante la susceptible aunque Santa Federacion, por el hecho de ser ciudadanos de un pais con cuyo Gobierno estaba en cuestion el héroe esclarecido de aquella época de subversion y sangre, de salvajeria y bandalismo.

El mismo jeneral Mancilla, no creyó ni por un momento que hubiese una segunda idea en el

brindis de aquel jóven, y en los secretos de su pensamiento admiró la locura de aquella alma á quien las doctrinas de la época habian estraviado tanto y tan temprano.

Providencia divina! Daniel que azuzaba las pasiones salvajes de aquellos hombres; Daniel que en efecto habria dado los mejores años de su vida porque su sanguinario deseo se cumpliese en alguno de los inocentes extranjeros que residian en Buenos Aires; Daniel, decíamos, era el hombre mas puro de aquella reunion, y el hombre mas europeo que habia en ella. Pero él queria buscar en esas gotas de sangre, la ocasion de que la Francia, la Europa entera descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la federacion, para contener de este modo el rio de lágrimas y sangre que veia pronto á desbordarse sobre toda una sociedad cristiana é inocente: era la aplicacion de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible ley de la filosofia y la moral, que autoriza el sacrificio de los menos para la conservacion de los mas: era un holocausto de intereses individuales en las aras de la salvacion jeneral, lo que buscaba aquel jóven consagrado con toda su

conciencia á la liberacion de su patria, y á revindicar la humanidad tan ultrajada en ella; y buscaba esto á costa de su nombre, á costa de su porvenir quizá; arrostrando el ódio de los hombres honrados, y la admiracion de los malvados, que es todavia peor que aquello para los hombres de virtud y de corazon!

Y como todo el que acaba de cumplir un grande, pero penoso deber, Daniel salió del comedor tranquilo y triste; se dirigió al salon y dijo á su prima:

—Vamos.

Amalia notó que el semblante de Daniel estaba algo descompuesto, y no vaciló en preguntarle por la causa de ello.

—No es nada,—la contestó el jóven,—acabo de jugar mi nombre á la salud de mi patria.

—Vamos, Florencia,—prosiguió Daniel dirigiéndose á su amada, que en aquel momento se acercaba á Amalia.





CAPITULO XII.

Despues del baile.



DURANTE que Daniel estaba en la mesa, la Señora Doña Agustina Rosas de Mancilla, de nuevo habia restablecido sus reales sobre los vestidos, alhajas y demas de su nueva amiga, como ya la llamaba; y no habia separádose de ella sin prometerla muchas visitas, esperando, de-

cía, que su íntima amiga la Señorita Dupasquier la acompañase en ellas.

Manuela Rosas no habia hecho preguntas, ni ofrecido visitas, pero estaba inspirada de sincero cariño por Amalia, y deseaba que la casualidad la ofreciera el momento de estrechar su relación con ella.

Algunos minutos despues que Amalia, Florencia y Daniel habian salido del baile, el coche paraba á la puerta de la casa de Madama Dupasquier, calle de la Reconquista.

Luego de dejar á Florencia, á cincuenta pasos de su casa, paróse el coche junto á otro en la misma calle de la Reconquista. De este último bajó Eduardo Belgrano á tiempo que Daniel descendió del de Amalia. Ambos jóvenes se cambiaron algunas palabras, y en seguida Daniel subió á su coche, que era aquel en que Eduardo habia estado esperándole, y éste fué á ocupar el lugar de su amigo al lado de la hermosa Amalia.

El carruaje de ésta cuyo cochero no era otro que el viejo Pedro, teniendo por lacayo al criado de Belgrano, siguió al trote de los caballos la empe-

drada calle de la Reconquista, en direccion á Barracas.

Mientras el coche descendía lentamente la empinada barranca que lleva el nombre del bravo almirante que sostuvo la guerra marítima de la República con el Imperio del Brasil, porque estaba cerca de ella la casa de su habitual residencia, Amalia referia á Eduardo todas las ocurrencias del baile; todas las cosas incomprensibles que se habian presentado á sus ojos; las trepidaciones en que se habia encontrado su espíritu; y la violencia que se habia hecho para sobrellevar aquellas dos largas horas en que por la primera vez de su vida se habia encontrado entre jentes y ocurrencias tan ajenas de sus gustos y de su educacion.

Tal era el asunto de la conversacion de los dos jóvenes, y ya el carruaje se aprosimaba á la capilla de Santa Lucía, para tomar la calle Larga, cuando cerca al ángulo que forman allí los dos caminos que se encuentran, fué alcanzado por tres jinetes que, á todo el correr de sus caballos, habian bajado la barranca del jeneral Brown y seguido la misma direccion que traía el coche.

La intencion de estos hombres se hizo bien ma-

nifiesta desde el momento: dos de ellos flanquearon los caballos del coche y cruzaron los suyos con tal prontitud, que Pedro tuvo que tirar la rienda á los que dirigía.

El otro de aquellos acercó su caballo al estribo del coche, y con una voz blanda, pero algo trémula por la agitacion de la carrera, dijo:

—Somos jente de paz, Señora; yo sé que vá usted perfectamente acompañada con el Señor Bello; pero los caminos están muy solos, y me he apresurado á correr trás el carruaje para tener el honor de ofrecer á usted mi compañía hasta su casa.

El coche estaba parado.

El viejo Pedro se inclinaba sobre el pescante cuanto posible le era, midiendo bien la cabeza de uno de los dos hombres á caballo que estaban junto á los del coche, para hacerle el obsequio de introducirle en ella una onza de plomo perfectamente esférica, que traía guardada entre el cañon de una pistola de caballería que hizo su buen papel en media docena de ciertos dramas que se representaran veinte años antes.

El criado de Eduardo estaba ya pronto á tirarse de la zaga y tomar la medida del primero que lle-

gase á sus manos, con un grueso baston de tala que previsoramente habia colocado entre las presillas del estribo, y que de ellas habia pasado á sus manos desde el momento en que paróse el coche.

Eduardo no tenia mas armas que un pequeño puñal en el baston en que se apoyaba al andar.

El individuo que habia hablado estaba cubierto con un poncho oscuro, y, vuelto hácia los faroles del coche, ninguna claridad daba en su rostro.

Ni Amalia, ni Eduardo conocieron la voz que habia hablado. Pero hay en las mujeres todas de este mundo una facultad de adivinacion admirable, que las hace comprender entre un millon de hombres, cual es aquel en que han hecho impresion con su belleza; y en las circunstancias mas difíciles y mas estrañas, una mujer sabe al momento adivinar, si ella hace parte allí, y de donde ó de quien podrá surjir el misterio que los demás no comprenden.

Y no bien acabó el desconocido de pronunciar su última palabra, cuando Amalia se inclinó al oido de Eduardo y le dijo:

—Es Mariño.

—Mariño! —esclamó Eduardo.

—Sí, Mariño . . . es un loco.

—No; es un pícaro . . . Señor,—dijo Eduardo alzando la voz,—esta Señora vá perfectamente acompañada, y suplico á usted tenga la bondad de retirarse, y ordenar que hagan lo mismo los que han detenido los caballos.

—No es á usted á quien yo me he dirigido, Señor Bello.

—Aquí no hay nadie de ese nombre; aquí no hay mas que

—Silencio, por Dios!—Señor,—continuó Amalia dirigiéndose á Mariño,—doy á usted las gracias por su atencion, pero repito las palabras de este caballero, y suplico á usted quiera tener la bondad de retirarse.

—Esto es demasiado. Se ha empleado dos veces la palabra suplicar,—dijo Eduardo sacando la mano por uno de los postigos del coche para abrir la puerta; pero Amalia asióse de su brazo, y por un esfuerzo sobre-natural lo volvió á su asiento.

—Me parece que ese Señor está poco habituado á tratar con caballeros,—dijo Mariño.

—Caballeros que paran los carruajes á media noche, bien pueden ser tratados como ladrones. Pe-

dro, adelante,—gritó Eduardo con una voz metálica y tan entera, que los dos hombres que estaban al lado de los caballos no se atrevieron á pararlos, sin nueva órden del que parecia comandarlos, cuando Pedro dió un latigazo á los caballos, muy dispuesto á hacer uso de su pistola si alguien continuaba á estorbar la marcha del carruaje de su Señora.

El comandante Mariño,—pues que no era otro que él,—picó su caballo en el acto de romper el coche, y siguiendo á su lado á gran galope, pudo hacer oír de Amalia estas palabras :

—Sepa usted, Señora, que no he querido hacer á usted ningun mal, pero se me ha tratado indignamente, y esto no lo olvida con facilidad el hombre que ha recibido ese insulto.

Dichas estas palabras Mariño suspendió su caballo y volvió á la ciudad por la barranca de Balcarce, mientras Amalia, cinco minutos despues, entraba á su salon del brazo de Eduardo, algo pálida y descompuesta por la reciente escena.

II.

En el gabinete contiguo al salon, y que se comunicaba con la alcoba de Amalia, dormida estaba

sobre un pequeño sofá la tierna compañera de la jóven, halagada por el dulce calor de la chimenea en aquella noche cruda de los últimos días de Mayo, sobre el que tanto se había precipitado el invierno de 1840.

A un lado de la chimenea estaba preparado el té en el rico servicio de porcelana de la India que hemos descrito en el alcoba de Amalia, sobre la pequeña mesa de nogal.

El mismo Eduardo quitó de los hombros alabastros de la jóven la capa de terciopelo azul que los cubria, y quedóse estasiado largo rato, contemplando aquella belleza casi ideal, cuyos encantos acababan de ser admirados y ambicionados por tantos hombres, y de cuya posesion él abrigaba en su alma una risueña esperanza desde la mañana de ese mismo día.

Qué mujer no se envanece de descubrir la admiracion que hacen sus gracias en los ojos del ser predilecto de su corazón?

Amalia olvidó la escena del camino y se halló contenta y feliz al descubrir en la contemplacion de Eduardo, el enajenamiento inefable que le ocasionaba su belleza.

Ella misma sirvió el té, refiriendo á Eduardo las escenas mas notables de la cena del baile, tratando de distraerlo y de enmendar una imprudencia que acababa de cometer: habia referídole las miradas de Mariño, y las palabras de él que le habia transmitido la Señora de N. . . . Eduardo entonces dió otro valor al acontecimiento de la calle Larga, y no se perdonaba el haber dejado ir á Mariño sin haberle hecho recibir por su mano el castigo que se merecia.

Pero Amalia, si era una divinidad en su belleza y en su espíritu, habia pasado tambien por las manos de la naturaleza femenil, y poseía, como todas las de su sexo, ese repertorio de artes y secretos con los cuales tienen una facilidad esclusiva para volver el contentamiento al corazon de los hombres, mientras que poseen la virtud del Letéo para hacerles olvidar los sucesos ó las ideas que quieren; y diez minutos despues, Eduardo no se acordaba de Mariño, y el pasado y el porvenir, Buenos Aires y el Universo, habian desaparecido de su memoria, absorta toda la accion y la sensibilidad de su alma en ver, en escuchar, en beber el aliento y las sonrisas de su amada.

Si alguien hubiese tenido el poder de las sibilas, y, como los alientos de aquella criatura que dormia tranquila á dos pasos de Amalia y de Eduardo, hubiese podido difundirse en la atmósfera tibia y perfumada de amor de aquel gabinete, habria comprendido entonces todo lo que hay de bello, de sentimental y de divino en ese amor del alma que solo sienten los corazones nobles, y en esa lucha terrible, obra del mundo y de los cielos, que se establece entre los sentidos y el espíritu, entre los deseos de la naturaleza y los deberes de la religion y la moral, entre las impresiones de la organizacion física, y el sentimiento de respeto por el ser amado y por sí propio, cuando dos jóvenes, enamorados uno de otro, se encuentran en lo mas fuerte de la impresion de su entusiasmo, instados por todo el incentivo de la soledad y del misterio, y que, sin embargo, cada uno se vence á sí mismo, y deja sobre la frente casta de la mujer el purísimo cendal de ángel con que bajó del cielo.

—Sí, soy feliz!—esclamó Amalia despues de un momento de éstasis en que sus ojos habian estado bebiendo amor y felicidad en los de Eduardo.

—Amalia! si yo hubiera perdido por usted los

mas bellos años de mi vida; si yo hubiera deramado toda mi sangre, si estuviera en la tumba, esas solas palabras serian la corona de mi felicidad y de mi gloria!—esclamó Eduardo oprimiendo entre las suyas la delicada mano de su Amalia.

—Sí, soy feliz! por qué negarlo?—prosiguió Amalia.—Un destino cruel parece que esperó mi nacimiento para conducirme en el mundo. Todo cuanto puede hacer la desgracia de una mujer en la vida, lo selló en la mia la naturaleza. La intolerancia de mi carácter con las frivolidades de la sociedad; los instintos de mi alma á la libertad y á la independenciam de mis acciones; una voluntad incapaz de ser doblegada por la humillacion ni por el cálculo; una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande ó noble en la naturaleza; todo esto, Eduardo, todo esto es comunmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica puedo decir, es mas que un mal, es una verdadera desgracia. Yo tuve la dicha de comprenderla, y entonces quise aislarme en mi patria. Para vivir menos desgraciada, he vivido sola despues que quedé libre: y acompañada de mis libros, de mi

piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz, he vivido tranquila y tranquila solamente. Me faltaba algo sí, algo.

—Y bien?

—Hoy, ya no pido á Dios en mis oraciones, sino que conserve mi corazon sin mas ambicion que la que hoy siento.

—Amalia, ídolo anjelicado de mi alma; sí, es necesario mezclar á Dios en este momento, porque de su aliento divino salieron separadas nuestras almas para buscarse y encontrarse en el mundo. Ellas tuvieron un mismo oríjen; se han hallado; se han conocido, y se han atado para siempre rápida y espontáneamente, como por la obra de una inspiracion de Dios. En ambos han sido necesarias las desgracias para alcanzar una felicidad suprema. Amalia, serás mia, mia para siempre, ¿no es verdad?

—Sí, sí; con el alma, con el pensamiento en todos los instantes de mi vida pero; nada mas por Dios!—esclamó Amalia cubriéndose el rostro con sus manos.

—Amalia!

—No, no, jamás! . . . perdon, Eduardo, no me arranque usted una promesa de que tiemblo. . . . no hay un ser que me haya amado, que me haya pertenecido, que no haya sido pronto presa del infortunio. El jenio del mal parece que se suspende sobre la cabeza de aquellos que se identifican en mi suerte. . . . he perdido á cuantos me han amado. . . . hay en mis sueños una especie de voz profética; un alarido de predestinacion terrible que ha sacudido mi pobre corazon toda vez que he llegado á imaginar una felicidad futura en mi ecsistencia. Por compasion, Eduardo. . . . yo acepto ese amor que hace hoy toda la felicidad de mi vida. Ya he sido amada como era la ambicion de mi alma; no mas, pues. . . . separémonos, lleve usted consigo el regalo del primer amor que he sentido én mi vida; y despues. . . . despues olvídeme. Yo conservaré estas horas; todas las palabras de usted, como el retrato de una felicidad cuyo orijinal hallé en la tierra, y viviré feliz con la seguridad de volver á contemplarlo en el cielo. Pero no mas que esto, Eduardo. Yo sé; tengo fija, encarnada en la vida la idea de que mi amor se convierte en lágrimas y

desgracias; y es porque YO AMO, que quiero evitar la desgracia en el ser elegido de mi corazón.

Los ojos de Amalia estaban húmedos, radiantes; habia algo de inspiración celeste en su mirada; su frente y sus mejillas estaban pálidas; sus labios, rojos como el coral, y sus manos, oprimidas entre las de Eduardo, trémulas como las hojas de una azucena abatida.

—Amalia,—la respondió Eduardo,—ya no hay amor en mi corazón: hay la adoración que tienen los mortales por las obras de Dios sobre la tierra; la adoración que tiene un corazón como el mío por todo lo que es grande y sublime en la naturaleza. A la mujer á quien creía feliz, hube ofrecido tímidamente mi corazón; á la mujer que teme la desgracia, yo le doy mi corazón y mi destino, mi mano y mi porvenir. Yo sé que la muerte está pendiente hace mucho tiempo sobre mi cabeza, moriré á tu lado, tu última mirada me reconciliará con el mundo, y en el cielo recibiré, como un perfume de tu amor, los suspiros que dé tu corazón á mi memoria. Hace un momento que te hablaba el amante; ahora te habla el hombre: un corazón para amarte, un brazo para defenderte, una vida á la

consagracion de tu ventura, hé ahí, Amalia, lo que te ofrezco de rodillas.

—No, jamás.

Eduardo en efecto hizo la accion de arrodillarse, pero los brazos de Amalia se lo impidieron. Y en ese momento de entusiasmo y de olvido, la frente de la jóven sintió el calor de los abrasados lábios de su amado.

Ella no hizo ninguno de esos movimientos violentos y jeneralmente mentidos de las personas de su secso en tales casos, recibió sobre su frente el primer beso de Eduardo; oprimió su mano fuertemente entre las suyas; lo miró tiernamente, y fué tranquila, en apariencia, á despertar á la pequeña Luisa.

El amor habia recibido el beso, el deber ponía fin á aquella escena.

Eduardo comprendió toda la delicadeza de la conducta de Amalia, y sintió en su alma todo el orgullo de su esquisita eleccion.

Cuando la niña hubo despertádose, alegre con la presencia de su Señora, Eduardo estendió su mano de despedida á Amalia. Ella entonces se quitó de sus cabellos la rosa blanca que habia

llevado al baile, y se la presentó á Eduardo.

Un minuto despues, su mirada estaba fija aun en la puerta por donde habia retirádose el primer hombrà que habia llamado á la que guarda los secretos afectos en el corazon de una mujer, que responden siempre, pero que rara vez la abren.

En seguida, Luisa echó las llaves, y Amalia entró á su alcoba, á velar las recordaciones de esa noche, á la luz dulce y poética de su alma enamorada.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

Y

DEL TOMO TERCERO.



ÍNDICE

DEL

TOMO TERCERO.



CAPÍTULO III. Treinta y dos veces veinte y cuatro	PAG. 5
IV. Quinientas onzas	23
V. La rosa blanca	41
VI. Veinte y cuatro	67
VII. Escenas de un baile	75
VIII. Daniel Bello	105
IX. Promesas de la imajinacion	135
X. Donde continúan las esce- nas de un baile	149
XI. Escenas de la mesa	165
XII. Despues del baile	181



